



ME EN EL CORONEL

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

HOMEOPATIA ALEMANA KNOP

Globulos

Diluciones altas y bajas

Tabletas y Eto Activadores

Tees Medicinales Knop

Primer premio, Mezclas de oro, Exposición Industrial 1938

Farmacia Alemana Knop

Valparaiso - Plaza Renascen

Tel. 2724 - Cas. 918 - Casa fundada en 1848

Espíritus de América dicen:

Con el tam tam allá lejano del canto de guerra, que por momentos rompe en clarines que llaman al pueblo a defender sus conquistas, llenas de dolor y de sangre; con los obuses cayendo en Londres y Berlín, en Tokio y en Chum Kin por toneladas; con el dibujo de Roosevelt sonriendo babosamente para los pueblos de América y con el pueblo apuntando en su lengua la palabra TRAIACION, me hago el tiempo para rayar con mi lápiz, algo de ese niño grande, de cara redonda, de paso de soldadito de plomo, cuyas frases suaves y untosas, parece que nunca se hubiesen chocado con el barro de los hombres. Ese niño tan conocido en la ciudad y en los cerros y entre los ultrasensibles artistas escritores y maestros de mi país y que se llama Rafael Coronel.

Rafael es el hombre que escribe como habla y el aroma y el aceite de sus palabras persiste intacto en su letra escrita. Y esto no es extraordinario pues donde haya una gota de su sangre o donde ella haya caído ahí está entero él. Y ahí están las diez gotas y su copa de cristal resplandeciente.

Ropa Vieja ha titulado sus poemas proletarios. Y qué bien!

Yo no sé qué hay en los ojos del trópico; pero en Rafael Coronel y en Jorge Icaza, novelista de su misma tierra, nuevo y joven, traducido al ruso y al chino, cuyas obras me han hecho la mayor impresión, el realismo y el idealismo parece estuviera obligado a fundirse en maravillosa síntesis!

Coronel es el poeta, que en la miel y cadencia de sus palabras escritas que hablan, encierra un realismo frío cuyo único símil serían los exquisitos postres helados calientes.

Canta allí Rafael, los tacones ladeados, los cerros, el tren de tercera, la ropa vieja, el carbonero, aquello que para el hombre bruto no representa ni la menor alteración de su sensibilidad. Y qué maravillosamente!

Rafael Coronel no puede escribir sin ser descubierto, porque inconfundible en su estilo, vibra como la cuerda de una cítara ante unos ojos fríos que miran la tragedia del diario vivir.

Y en cada palabra aunque hable de ropa vieja, está el pueblo, está el camino de su casa, su admirable mujer y sus diez hijos adorables.

Rafael Coronel orgullo y ejemplo para los hombres de mi país, poeta distinguido, luchador social, maestro cariñoso y adorado de sus discípulos; frente al amigo al alumno al hijo al pobre y al hombre, es PAN porque es todo y se dá entero. Frente al dolor y a la angustia es cristal.

García Telio.

He leído con ávido interés *Ropa Vieja* de Rafael Coronel. Desde las primeras líneas, brota el convencimiento de que él no pertenece al cónclave de artistas que, demasiado egocéntricos, se aíslan en su mundo de belleza y esquivan los rumores del mundo que turben la armonía de su emoción estética. Rafael Coronel, por el contrario, extiende su mirada en el horizonte social que lo rodea, y capta, en su alma generosa, las voces del desamparo y la angustia humana.

En *Ropa Vieja*, va Rafael Coronel como un peregrino de la vida, deteniéndose ante los oscuros rincones de la miseria y el dolor, y su corazón parece iluminarlos con las irradiaciones de piedad y anhelo de mayor fraternidad y justicia sociales.

Ropa Vieja son cuadros vividos, trazados con extraordinaria facilidad y coloreados por una imaginación vibrante y pictórica. Al contemplarlos y recordarlos, admiramos al artista que supo captarlos de la realidad, y encender en nuestra conciencia el profundo anhelo de que transforme aquellos sombríos eriales la luz alegre y expansiva de un más humano vivir.

Max Saías Marchán.

Muy querido amigo: Gracias por sus bellos Poemas de Quito «La Tristeza del Patio». Me he dejado llevar por la dulce melodía de sus versos, impregnado de esa melancolía honda de las cosas que fueron; y los he leído, leído, sintiendo revivir, a su evocación, mi lejana niñez. Sus estrofas que fluyen cristalinamente, tienen magia sugestiva: conmueven por sí mismas y por los recuerdos que despiertan. La delicadeza de su espíritu, su honda

emotividad de artista aparecen en cada poesía, impregnado de vida noble y de un sentido íntimo el don descriptivo que en tanto grado Ud. posee.

Le reitero mis agradecimientos por las breves horas de recogimiento espiritual que me ha proporcionado, y le ruego aceptar con mis felicitaciones por sus Poemas los afectuosos saludos de su antiguo amigo y admirador.

Max Salas Marchán

De Cervantes se dice que fijó el español con su inmortal "Don Quijote" y del Dante, que creó el italiano con su célebre "Divina comedia". De la misma manera, no vacilo en afirmar que "La Tristeza del Patio" es libro que da existencia a nuestra lengua y literatura nacionales. Ninguna obra más típica, más genuinamente nuestra como este manojito de poemas de Rafael Coronel. "La Tristeza del Patio" es obra ecuatoriana de verdad, la más ecuatoriana de cuantas se han publicado. Sus temas, su léxico, su emotividad son el alma quiteña quintaesenciada y viviente. Quien lee "Mi cuisito blanco", "El Mercedario sin cabeza", "Chuchaqui", "La yerba de la vida", "El palo ensabado", "Inocentes" y tantos otros de estos bellos poemitas, donde quiera que se encuentre, siéntese trasportado a la capital ecuatoriana y palpita la vida quiteña con una fidelidad asombrosa.

Emilio Uzcátegui

Me ha gustado mucho su libro. Hay allí una vida palpitante, un colorido nuevo, exótico y descuidado, un olvido absoluto de la literatura, y sobre todo una gran emoción, un gran cariño por los motivos familiares e íntimos que dan un encanto particular a estas páginas, garantía de una noble sensibilidad y un corazón verdadero. Ha tratado Ud. la poesía de sus recuerdos infantiles sin artificios, sin técnica premeditada: sin recordar maestros o escuelas o artes poéticas, sin caer en el gregarismo de los que se creen originales atacando a los consagrados y apiñándose, con un gregarismo más cómodo todavía que el de los académicos, alrededor de un corifeo que les da hechas las palabras, los giros, los cortes y la imágenes que constituyen

eso que se llama una nueva sensibilidad. Es Ud. un poeta que no mira a París ni a Londres ni a Jerusalén, sino a lo que está en torno suyo, y lo ama de veras. Fluye su lirismo de la vida y no de los libros. La entonación poética de "La Tristeza del Patio" no recuerda a nadie. El franciscanismo, su predilección por las criaturas y los objetos humildes en que nadie posa la mirada, lo hacen, es cierto un hermano espiritual de Francis James; pero un hermano tan distinto que mientras en aquél se percibe a cada instante la forma, en Ud. vivimos la emoción sin que se note la limitación del vaso en que la bebemos: trasparente, incontaminada, fluida. Su poesía es la poesía de un hombre bueno: ¡consuelo grande en esta época en que se discute la bondad como valor definitivo! Es también la poesía de un espíritu puro, que ignora la maldad plebeya de los conáculos, que sería incapaz de encenegar al compañero para revelarse en la opinión de los empañados. Y es en fin cara a cara a sus libros anteriores, la afirmación rotunda de un espíritu amorosamente afanado en su constante renovación y en su desarrollo hacia la sencillez máxima donde el arte culmina.

Félix Armando Núñez

Es el alma del trópico lo que respiran estos *poemas de Quito*, que han visto la luz en Chile, donde Coronel estudió y donde residen sus afectos más caros.

Por sistema, soy partidario de esta literatura que busca en el medio que la rodea los motivos de su inspiración: ello ha parecido siempre una manera directa de probar el talento de un artista. Es preciso crear un lenguaje, inventar metáforas adecuadas, observar agudamente para formarse una personalidad; en la interpretación de la naturaleza ambiente o en la exteriorización de los estados de alma de un sudamericano no es posible recurrir a Verlaine o Mallarmé, ni menos a Prevost o Anatole France. El artista debe, al contrario, desprenderse de estas influencias para abordar el tema frente a frente, con nueva palabra y nuevas imágenes; pero esto, por desgracia, ofrece más dificultades que parafrasear parasitariamente la ideología de un autor que ya es del dominio de todos por la abundancia de las ediciones y porque

los críticos han analizado y desmenuzado los secretos todos de su técnica y de su valor literario.

Nada más fácil que escribir a lo Anatole France o a lo Oscar Wilde; tan fácil, como en la industria del calzado, imitar la forma del Hanan o de Stetson.

Coronel ha observado la vida de Quito y su medio familiar en poemas que se acercan a la prosa; hay en ellos esa negligencia del dibujo al carbón, en que el artista anota rápidamente el motivo que lo ha impresionado y que, a veces, tienen una espontaneidad que en vano buscamos en el cuadro prolijamente retocado en el taller.

Mariano Latorre

Mal habrá pensado Ud., amigo Rafael Coronel, por mi silencio. Crea que desde que recibí su librito he pensado muchas veces en usted.

Me parece lo mejor que usted ha hecho, ese conjunto fino y humilde, arrasado de ternura, de cantos en tono menor. Lo felicito por él, sincera y calurosamente. Lo he leído con una emoción dulce y sostenida, de la primera a la última estrofa. Es algo nuevo en nuestro ambiente, y yo estimo que usted se merece muchas congratulaciones por la nota nueva que ha puesto en nuestra atmósfera, tan vacía de canciones, en el último tiempo. Ya es bueno, Coronel, que se hiciera la estrofa pictórica y la alabanza de lo cotidiano, que después de de la Vega nadie ha realizado en Chile.

Me ha dado usted una mañana sumamente grata con su libro, y yo se lo agradezco de verdad.

Gabriela Mistral

Después de su preciosa carta, que conservaré en mi album de prestigiosas firmas mundiales, ávidamente he leído su preciosa Fantasia "Sombra" que me ha encantado y con su lectura he acabado de conocerle, admirarle, y sí me lo permite, hasta quererle...

Ernesto Vilches

Quito 19 - XII - 1921

Técnicamente, Coronel se complace en hacer descripciones breves y nerviosas y ha roto radicalmente, como aconseja Philippe Soupault, teórico de las nuevas escuelas poéticas, con toda especie de retórica.

Ha realizado en pequeño lo que José Ortega y Gasset denominó "los primores de lo vulgar" al referirse al sutil y maravillosamente diáfano Azorín. Como ésto, ha explotado los asuntos triviales, las pequeñas minucias cotidianas, las ingenuas y maravilladas expansiones de su infancia, los motivos criollos que hirieron su imaginación vivamente en los días de Quito.

Por tales razones, el libro de Coronel es de difícil interpretación y pocos entrarán en su modulación íntima.

También dificultar su comprensión las voces indígenas, los modismos quiteños y una complicada serie de expresiones difíciles para los que no están en el secreto autóctono.

Coronel, no sabemos si espontánea o intencionadamente, ha dado realidad a varios cánones consagrados del ultraísmo, cuya producción aunque no admiramos, a fuer de críticos imparciales, no podemos desconocer como valiosa e interesante desde el punto de vista de la síntesis gráfica, audaz, colorista y atrevida.

Por eso en sus versos la lírica está reducida a su elemento primordial: la metáfora. Toda frase que alargue un período, toda ilación inútil, todo arreo retórico han sido sacrificados aquí ante la desnudez íntima del pensamiento y ante el escueto significado. Si la poesía ha sido hasta hoy desarrollada—se ha dicho—, en adelante será síntesis o sea, en otros términos, fusión de varios estados anímicos.

No podríamos, por carecer de espacio, penetrar hondamente en la exégesis de los nuevos rumbos poéticos, preconizados por Huidobro, Tzara, Reverdy, Cocteau, Gerardo Diego y otros teorizantes; pero en este caso particular no dejaríamos de dar absolución a Coronel por el tino con que ha evitado los desbordes extremos de sensibilidad que son tan comunes entre los adeptos a las nuevas escuelas.

Sus imágenes son agudas, novedosas y producen agrado, a pesar de su audacia; v. gr:

Estallan en una cola
de pavo real
los cohetes.

.....

Con su rosario en la mano, desgranaba
una oración,
acariciando la cabeza
a su viejo gato,
al viejo gato romano
de los ojos cerrados
su acólito en esos ritos
de silencio, de penumbra
y de tristeza.....

.....

La luna hace en la sala
una alfombra de palidez.

.....

Ricardo A. Latcham .

Su libro me ha llegado con el Otoño, su "Fuente de Marfil".

.....

Rafael, su libro me ha abierto caminos, y me ha hecho meditar en cosas que no se pueden decir en pocas líneas. He palpado su espíritu desnudo y esto me basta para creer en su poder artístico. Con tanto ruido de atambores la tierra tropical se quería romper. Que su flauta encantada adormezca el instinto vil de las serpientes y eche a correr por el pecho de los hombres cotidianos agua de alturas, frescas aguas de cumbre. Las ten-

guas ardientes como las grietas de los pedernales necesitan gotas mañaneras. La palabra de los grandes poetas ha de ir filtrándose, filtrá dose por todos los siglos.

ARTURO TORRES RIOSECO.
University of Minnesota.
U. S. of A.

En Coronel hay un artista y un esteta delicadísimos, Aristocracia intelectual y cultural requieren sus versos que parecerán grotescos a las almas vulgares.

Aborrece el retoricismo y detesta la literatura barata. *llena de luna de patotilla.*

“Todo se irá, todo. No obstante
Esta emoción y estas ternuras-
No lograrás que se deshagan,
Estas no son literaturas”.

La obra de Coronel es artística, porque está llena de la emoción intensa de la vida.

Pasando a Coronel podemos decir que es el corazón del mundo minúsculo que le rodea; todas las cosas se impregnan de vida, de ternura y confían sus secretos al oído del poeta: la mesa en que se ha golpeado su hijo es cariñosa como la abuelita, y tal vez ha querido besarlo; los gatos tienen alma de niños; el catre no podrá ocultar su entealequia al poeta, que espera más allá de la vida penetrar el secreto de la materia que llamamos inerte; los bancones antiguos se han olvidado acaso de la noche luctuosa, que puso una mancha imborrable en el purísimo bellón de la infancia del poeta?

Palemón el Estilista

Quiero decirle que "Sombra" me ha emocionado profundamente y que tengo para su autor las más sinceras admiración y simpatía y verdadero agradecimiento; por mucho tiempo las inquietantes y torturadas figuras de la Princesa Sonámbula y el Príncipe Suicida conmovieron hondamente mi espíritu con imprecisas visiones de Eternidad.

Aurora Estrada y Ayala

EL POETA que a la vez es maestro y que además es padre, ve en cada uno de sus hijos la materialización de sus ideales. Y cuando la desgracia apaga la llama de la vida de uno de sus retoños, entonces el dolor llega hasta lo más hondo de su corazón y lo desgarrá. Es el caso de Rafael Coronel, este maestro que es padre y que es también poeta.

Perció a uno de sus pequeños. Esplandían. Tenía apenas seis años, pero era una promesa por su vivacidad. Se fué para siempre y dejó clavada la espina del dolor en el corazón sensitivo de su padre. Ahora le ha dedicado, un libro de poemas. Son poemas dolientes, llenos de recuerdos; poemas escritos con la espina que se clavó en su corazón...

Los que tienen hijos comprenderán esos versos. Y apreciarán su valor y descubrirán que entre las estrofas se va desgranando el sollozo contenido de un padre amante, que canta su dolor en versos emocionados.

("Acotaciones".

Clodomiro Campos

"La Unión").

Ahí el poeta evoca su niñez; su padre, su madre, una abuelita querida... Ve su casa como si la llevara consigo... ¡Dichosos aquellos que, como él, pueden a cada instante contemplarla con los ojos del espíritu! Dichosos si los recuerdos de la niñez, cual semillas, les dan a voluntad nuevas cosechas!

Omer Emeth

(La tristeza del patio".—1927).

“Léase en la cubierta de este libro y en sitio donde pocos irán a verla la siguiente advertencia: “Este libro se escribió en Quito (Ecuador) en 1.922 y terminó de imprimirse el 15 de Diciembre de 1.927 en los talleres de la Editorial “Barcelona” de Antofagasta (Chile)”

Es de suponer que al señalar un lapso de cinco años entre la composición y la impresión de esta novela, el autor de ella no habrá querido imitar a los comerciantes en vinos, los cuales, al apuntar en el marbete de las botellas la fecha de la embotelladura pretenden (con mucha razón, por lo demás) acreditar el valor del vino puesto en venta.

Hoy por hoy, son pocas las novelas que, envejeciendo, mejoran. Más de una conozco que, ahora cinco años, era fresca y viva como una flor y hoy parece haber sido escrita en tiempos prehistóricos. Aludo a libros de Giraudou, Paul Morand y otros modernísimos. Con igual razón podría yo aludir a autores que gozaron de especial popularidad hace veinte o treinta años (a Zola, por ejemplo) y cuarenta años atrás a Octavio Feuillet. Todo aquello, antes lleno de vida, es hoy muerto. Al tropezar en una biblioteca con “Monsieur de Camors” o “Julia de Tréceur”, aquellas novelas, antes famosas y que leí con verdadero encanto en mi juventud, me dejan frío; paso delante de ellas sin experimentar el menor deseo de entrébrirlas. Hace ya tiempo que murieron para mí.

—No teme el autor de *El Pueblo Chico* que pueda tocarle igual suerte a una obra como ésta, escrita cinco años atrás? Cinco años, decía un poeta romano, *son longum aevi spatium*.

—Pues bien, opino que, por un privilegio especial, *El Pueblo Chico* no ha envejecido.

En todo caso, quiere esto decir que *El Pueblo Chico* no es novela para niñas de primera comunión...

Los futuros historiadores de la moral en el siglo XX sabrán exprimir todo el jugo que ella contiene.

Omer Emeth.

(4 de Marzo de 1928).

Vare la Biblioteca Nacional

860-1(866) brown
68226

YAYAY

de auto.

Rafael Coronel

Avenida "Los Quintos" 296

Rafael Coronel

Cerro "La Cruz" - Valparaíso

Portada de BIBLIOTECA NACIONAL
Carlos Hermosilla

Ex-libris de Pedro Plonka

COLECCIÓN
Nº 10458 ANO 1993
SECCION

Año 1940

004830-J

Dirección General de Prisiones

Imprenta
VALPARAISO

1940



A mis queridos amigos

Don Antonio Fuentes Maturana,

Don Miguel Gandulfo Guerra

y

Don Reinaldo Knop,

hombres que saben del amor al hijo.



COLUMPIO DE PENA

O

EL NIÑO ETERNO

I

LLAMADO

(A Myrtha Fuentes).

—Yayito... Yayay... Esplandián,
detrás de la losa de mármol,
aunque no abras los ojitos,
me oyes, tendido en el nicho?
Yayito, no puedes abrir los ojos?
Dáme tus manecitas heladas!
Cómo los huesos de tus brazos delgados
me parecen de lágrimas y de trigo...!
Qué espigas tan indefensas
idas en el río que no vuelvo...!

Por qué te puse Esplandián,
si la vida, tu madre, te dejó indefenso?
La leona para ti fue la muerte.
Ella te amamanta en las noches?

Yayito de mi corazón,
de pie como junto a tu lecho,
en ese lecho del hospital,
aquí cerca de tu nicho,
te pido que juegues conmigo.

Están buenos los globos de goma
que te pusimos la Myrtha y yo?
Juegas con las bolitas de cristal?
Disparas con la pistola?

Cómo pediste toda tu vida
esta pistola de tu agonía...!

Por qué no te di cuanto quisiste...?
Mi lorito, mi diablillo, mi niñito de seis años,
con qué gracia decías los versos de Nervo:
"un santo Cristo y una pistola".

(El Cristo de estaño está encima de tu caja mortuoria
y cerca de tus manos juntas, tu pistola de niño,
tu pistola de niñito que al último sonreía como con lágrimas).

Cómo está tu abrigo de paseo. Yayay?
Con él te vestimos para el paseo final.
Ese abriguito te lo ponías cuando salíamos a la calle.

Con ese abrigo ambulabas en las noches cuando te sales del nicho
y en las noches de luna juegas entre los jardines
o corres hacia las vecinas espumas del mar?

Ese abrigo te sirve en las noches de frío,
en esas terribles noches de niebla de tu Playa Ancha?
Lloras llamándome, sin encontrar a tu papá...?
Yayito, no me ves? No sientes que mi corazón
es como un ataúd redondo, como un reloj parado
desde que tú no andas, como un péndulo cortado?
Yayito, te acuerdas de que hubo al último momentos
en que tus ojitos ya no podían moverse a la izquierda ni a la derecha?

Yo estaba contigo, y poniéndome de lado,
ya tú no me veías.
Ahora lo mismo, si tú no me ves, no es que me haya ido:
es que como la varilla del catre en el hospital
aquí la losa del nicho no nos deja mirarnos.
Pero estaremos juntos. Lo estaremos por toda la vida.
Jugaremos a una ronda más allá de la vida y de la muerte.
Tú, que conoces ahora la muerte, verdad que es sólo

como un sueño muy pesado
y aunque no se puede hablar ni gritar
se sienten los besos sobre los párpados?
Cómo acaricio tu frente inteligente, tu cabecita,
tu pelo rubio, tus orejas, tu cuello,
tus costillitas flacas. Qué pena me dan
estas puntas, estas espinas de tu columna vertebral!
Qué colchoncito de plumas te hace falta...!

Yayay, no estemos tristes! Vamos a seguir jugando,
a conversar por todos los siglos,
mi charlatancito de las mañanas de los domingos,
cuando ibas conmigo de la mano
a la montaña rusa, a los columpios de los juegos infantiles. .!

II

TUS COSAS

(A mis hijitas Galatea y Sakuntala)

Qué lindas eran tus cosas!
Cómo más que si fueran de oro, de seda o de cristal
se han inmovilizado en mi corazón...
Tus zapatitos siempre deslustrados,
descascarados de chutear terrones
y con los cordones desatados;
tu mameluco hecho tiras de tanto subirte a los árboles;
la chomba azul que—ironista sin amargura—
tal vez para variar, te la ponías al revés;
tus piedrecitas, tus vidrios, tus huesos,
tus palos, tu martillito con el que carpintereabas;
tus latas de mecánico con que ibas al taller vecino;
tu cuaderno de palotes, tus lápices de colores,
tu silabario...

Todo tu mundo fué eso...
El pequeño juguete;
el colámpio—por el que peleabas con otros hermanos chicos;
el cordón por el que trepabas, menudo, delgado y fortacho atleta.
Pero tu juguete esencial
cuando algo te habían hecho,
era recibirte en la soledad,
perderte en el fondo de la quinta.
Ahora, Yayito, estás enojado
que nunca más has puesto los pies
junto a la pila en que te bañabas,

en que te tirabas «un piquero»...?

Si alguien te retó,
si alguien te hizo sufrir,
por qué no vienes hacia mí?
Que no eres mi regalón?

—Yayito! Yayito...!

¡Vén! No te escondas!

No ves que acabo de llegar...?

En el paquete de la panadería,
aquí te traigo un bollo.

Tómalo. Córrete a comerlo, goloso, sentadito al pie de un árbol.

Ofréceme que almorzarás
para que no me roten por «enseñarte a mal».

—Yayito, por qué no vienes?

Es que para tí ya nada significa el pan,
ahora que la harina que apaga tu garganta
son las tumbas ante la luz de la luna,
la blancura de las alas de las gaviotas,
y los hervores de nieve y lágrimas de la espuma,
barquito que te ibas por los ríos azules de mis vezas,
perrito que corrías por las alamedas de mis ojos,
gusanito blanco que se llevó la hormiga de la muerte...?

Eras la luna después de la lluvia,
y el blanco soleito de invierno
y la coliga como un pan de azúcar
y el arbolito lejano, solitario en el campo.



III

CASTIGO

*(A mi hijo Moctezuma, que sabe
vivir en isla).*

Mi regalón, mi solitario,
mi manojito de huesos,
Cómo no fuí yo siempre en mi esencia contigo;
cómo pude cartigarte?

Regaloncito sólo mío,
hebra de alga en una sola roca en el medio del mar,
tus ojos arrasados de llanto
no cegarán como espejos de sangre
hasta después de que yo haya apagado mis ojos.

Con tus pernecitas como ramas de retamos,
cómo corrías llorando por el parrón...!
Oh cómo debía destrozarse tu corazoncito...!
Si yo que era tu amparo te castigaba,
a quién podías invocar en tu auxilio...?
Corriendo, llorando por el fondo del parrón,
eras como el primer cervatillo del mundo
en medio de la ferocidad de la selva.

Chiquitito mío, cómo pude salir de mí mismo?
Para ti no era ni el más leve palmetazo,
ni siquiera la cara enojada.
Manitas frías, menuditas, como de mimbres, de marfil,
como si se agarrara arroz o cebada entre los dedos...;
ojitos como gotitas de agua;

boquita con labios finos como de papel;
payasito de madera,
tenías que desarmarte con el trapecio de tus pocos días
entre los dedos toscos, despedazantes de la muerte...

—Yayay! Yayito dormido,
desde el fondo del nicho, vuelve hacia mí;
deja que te levante entre mis brazos
como cuando te levantaba del suelo,
al volver a la casa,
cuando te enredabas entre mis piernas
junto a los perros—tuyos, míos, nuestros—
que hoy me parecen que en su pequeñez,
en su ternura,
en el lenguaje de sus ojos,
me conservan algo de ti,
ellos que contigo pasaban ovillados en tierra,
sintiéndole decir anuncios, misterios, promesas
por cada uno de sus poros...

IV

¡PETULANTE!

(A mi hijo Rafael).

—Petulante...! Petulante...!

Dónde te me has escondido?

Te acuerdas con el cariño que te decía "petulante"?

¡Y claro que no eras petulante...!

Quién más fachoso que tú, más arrogante
cuando estabas contento;

cuando la cabeza levantada, el pecho como de un atleta olímpico,

camabas sin zapatos, casi sin ropa,

envuelto en la capa de una ancha, invisible y fresca brisa

siendo tus labios como pétalos de dádalos de oro...?

Eras el hombre pequeñito que se siente gigante

y que pone su planta de dominio sobre el Universo.

La tierra entera parecía un huevo pequeño

para la seguridad de tu paso.

Embriagado de mañana primaveral,

con volutas de vaho entre los dedos de los pies,

eras el trepador sin miedo y rápido de los árboles,

el niño del columpio que casi se subía hasta el cielo:

eras el que saltándose del columpio

daba saltos por encima del limonero

y caía de pie a más de seis metros de distancia...!

Cómo no ser arrogante, cómo no estar seguro ¡ mismo
hacías todo eso y si hablabas

con las altas copas de los eucaliptos;

si todas las cosas de la quinta
eran tus juguetes
en su lengua de misterios, para ti comprensibles,
y si bajo la higuera,
cerca de los tunales,
eras un explorador en una selva húmeda...?

V

PAN

*(A Juan Jeria, amigo de Yayay-
su regalón de la fruta).*

Por qué no fué para ti toda la fruta del mundo...?

Y el pan.

Comedorcito de pan, comes en las noche de luna,
escondido, el pan que te he dado antes del almuerzo?

En cada niño con hambre,
hasta en el pajarito de los árboles sin hojas del invierno
y en el gato de los tejados y de las aceras,
te veré por el pedacito de pan que me pedías.

Chiquillito de los piecitos pequeñitos y delgados,
te has ido de la tierra hacia mi corazón.
La luna es hoy para ti como un pan
o una hostia que te comes?
¡Si pudiera ponerte entre los dedos
como vidriecitos de colores
las estrellas desparramadas en el cielo
que nos tapa el chalet
y que se ve
desde debajo de los candelabros de los eucaliptos,
desde ese punto, al comienzo de la escalera
donde en las noches nos parábamos a señalar los astros
Roura Oxandaberro y yo, mientras la Judit
subía contigo de la mano....!

Qué pan habrá ahora con el que pueda llamarte,
pececito mío para el que ya no hay anzuelo en el mundo...?

VI

HOSPITAL

(A mi hija Lilita por sus lágrimas
apenas vió enfermo a Yyay).

Uno, dos, tres, cuatro globos de goma
adornan tu camita.
Tus manos, como piedras de río
tocan en el fondo de la caja de cartón
las lindas bolitas de colores.

(Al pie del catre blanco
las anotaciones del médico
que prohíben que se vean...
A izquierda, a derecha,
al frente,
el infierno de los dolores,
de los gemidos
de la sala del hospital de niños...

Ea enfermera bonita, tierna, de ojos azules,
delicada como una hermanita,
con sus dedos suaves
acaricia tu frente, tus mejillas.

Ella te cerró los ojos...?)

Desde cuándo comenzó tu enfermedad...?
Cómo te caíste?

(¡Oh dolor de la Noche de Navidad!
Tus pernecitas daban pasos vacilantes.

Yo—más que tú—casi lloraba.
No podías tenerte derecho
y cuando entre la niebla crepuscular
recorriamos los jardines
con los globos de colores entre el césped,
tus ojos ya no veían las luces, la alegría,
el cisne en la laguna,
los árboles incendiados de luces artificiales...

La náusea...! La náusea interminable...!)

Semisentado en tu camita, me cuentas:

—“Papá, el doctor me dijo: Mira para acá...Mira para allá...
Y movía el dedo...Será tonto...?”

(Hecha la autopsia, el médico nos dijo:

—Si no había esperanza...¡El diagnóstico se confirmó plenamente.
El campo de la visión se le iba reduciendo sistemáticamente).

—¡La agonía fué horrible!, agrega la enfermera.

La nochera tuvo que ir a llamarme.

Gritando, llamando “¡papá! ¡papá!”, murió.

Por el tumor intracerebeloso debió haber tenido ese paso
de las pernecitas temblorosas...)

Niñito mío, tan lindo,

dejaste el mundo de tu martillo, de los conejos,

de las gallinas, de los perros, del gato,

de los árboles, de las yerbas, de las piedrecitas en los biselillos,

del hilo para el volantín,

del trompo que todavía no aprendías a hacer bailar...

VII

MAÑANA DE LLUVIA

*(A don Arturo Jubé, espíritu y corazón que
estuvo camión en la hora trágica del entierro).*

En una mañana de lluvia,
entraste a la oscuridad de la muerte.

¡Qué cuna de seda o de raso
o de violetas o de rosas
debió guardar tu cuerpecito
y envolverte en tu último sueño...!

Bajo el aguacero, llegaron
el tosco ataúd de madera,
los candelabros, las flores...

Hecha la autopsia,
bañado, vestidito,
qué lindo, como de paseo
con tu abriguito dominguero!

Como los indios, como los egipcios,
para tus noches sin término,
¡cómo te llenamos de pétalos
sobre el pecho de pajarito...!

Y tus globos de colores...
Y tus bolitas... Y tu pistola ..

(Amor mío, dispararías
al primer gusano que te mordiera...?)

Juguetoncito de la playa,
recuerdas que te tapabas de arena?
Niñito de las escondidas,
te acuerdas de aquellos juegos,
todo escondido bajo las yerbas?

(Bajo la tapa de madera,
ya soldados los bordes del zinc,
dentro de tus párpados cerrados
tu espíritu de chiquitín tímido
no nos gritaba desde el precipicio,
pidiéndonos que no le dejáramos...?)

—Esplandían, hombre, superenérgico,
el legendario amamantado por una leona:
al otro lado de la tumba, la eternidad
leona de leche negra,
te dará vida por los siglos de los siglos!

Debiste ser Esplandían y te tornaste Yayay
por el gemido:
debiste ser de bronce, vencedor de la vida y de la muerte,
y fuiste apenas un haz de espigas
y sólo tras seis años vividos
has entrado en la caverna negra de lo eterno...?

Niñito mío, mi carne, mi alma,
mi ternura,
mi pecado, mi altura,
mi penetración anticipada en la muerte,
yo quiero que tú no mueras;
yo quiero que me supervivas;
tú—al lado de Beatriz, la Beatriz del Dante;
de Laura de Petrarca, y del padre de Jorge Manrique,

yo quiero que tú estés no sólo muerto,
ni a continuación mía,
sino antes que yo: tú serás mi cimiento;
tú me llevarás por los siglos,
tomado de tu manito pequeñita, delgada,
que no ha podido trizar la muerte...!

Tú, Esplandián, mi Esplandián,
que duermes entre un cerro de rocas
y el mar hirviente de olas;
tú que estás impassible en ese cerro de Playa Ancha,
agitado constantemente por un helado y fuerte viento:
tú serás por siempre el símbolo
del hijo,
del niño muerto a los seis años:
un niño que con las pinzas de sus dedos
se ha llevado el corazón de su padre.
En ti se juntan mi amor y un dolor infinito.
Yo no sabía que se amaba tanto
y que se desgarraba el corazón
más que por una inmensa cuchillada,
hasta que tú te fuiste!

Niño mío, amor mío,
el cuaderno de tus palabras palotes
hoy es para mí un libro de bergamino,
más que un incensario.

En todo zapatito chico y viejo,
veo levantarse tu piececito.
En cada gemido de niño,
siento que tú lloras, que renaces.
Una yerbecita delgada me habla de tí;

esas suaves notas de los estudios del piano
me hacen pensar en ti,
cuando tú lo destapabas y con tus dedos chiquititos
hacías así delgadas cataratas de débiles notas,
hileras de puntos suspensivos
con que ya te unías a la muerte...



VIII

ANGULO

*(A mi hijo Mistral, por haber
comprendido y querido a Yayay).*

En el primer nicho, el más alto,
en el ángulo izquierdo del cementerio,
ahí estás.

Dimidias la vida y la muerte?

Eres el límite entre el mundo de las rocas
y la ciudad de los muertos que empiezan a hervir de gusanos,
a ascender otra vez por la escala de la vida?

Yayay, tú no eres un muerto,
porque bien vivo estás dentro de mi pensamiento.

A cada instante te veo, hablo contigo:
en la negrura del cine, cuando dejo de ver una película,;
en la calle; en un jardín;
junto a un perrito que salta,
siguiendo la sombra de un niño invisible.

Tú no eres un muerto!

Eres una joyita que está en un estuche?

¡Pero eso es un nicho!

Por qué no te pusimos en el suelo?

En el suelo, se muere menos
o comienza la vida más pronto:
hay gusanos, hay hormigas,
hay vuelos de mariposas;
se sienten de cerca las patitas de arañas
de las raicillas.

El nicho, qué frío, qué aislado!
No debimos encerrarte en un nicho!
Y este nicho, este nicho arrendado,
no tiene en su lápida de mármol
ni receptáculos para flores!

Qué abandono forzoso, Yayay!
Bajo la lápida vertical,
no hay una pulgada en parte alguna
para ponerte las violetas que te gustaban,
las violetas como las ojeras con que quedaba tu carita pálida después de la
náusea;
o el clarín de las calas que una vez mordiste y que te picaron la lengua;
o los pétalos rojos de los cardenales de esa mata cerca de la que te sentabas
a atarte un zapato de cordones con nudos....

Yayay, en el nicho,
has sido colocado mal.
Tú debiste vivir todos los años en la tierra,
en la tierra de la primavera, del verano, del otoño.
(Es cierto que para el invierno ahí estarás más resguardado
que en el suelo, bañado por el aguacero...!)

Pero, pasados estos años, yo haré que vuelvas a la tierra.
En la tierra, sintiendo sus olores,
aspirando sus perfumes,
columpiándote en sus hebras de jugos,
volverás a la vida de las legartijas
—tus cortaplumas verde doradas o como palitos—,
de los chincoles, de las hormigas:
yo sé que arrastrándote
bajarás hasta el mar, tan cercano,
y allí volverás a ser feliz
envoiviéndote—hoy sin gritos—
en las gotas de la espuma...

Niño mío, en las noches,
estando ya absolutamente solo el cementerio,
te despiertas? Te bajas al camino de pedruscos?
Lloras echándonos de menos...?
O juegas con el hermanito de un año,
ese que se fué antes de que tú nacieras
y que te esperaba entre la turba anónima de los exhumados...?
Para no tener miedo,
con él vas entre los mausoleos
hasta que venga el alba,
oyendo sobre las cabezas
el graznido de las gaviotas?

Ángulo alto, rincón simbólico del cementerio,
tú estuviste guardado, destinado para mi niño.
Estás en línea recta, frente a la puerta de entrada:
tú señalas el punto en que la vida ya no da un paso hacia adelante
y en que la muerte se acerca.

No obstante, tú, mi muerto,
levantas como una mariposa
la tapa del eterno silencio?

Verdad que tú, sin moverte,
como un fakir, como un ser maravilloso,
sales en un desdoblamiento integral
que lleva tu cuerpo y tu alma
sin que tu cuerpecito se mueva del ataúd,
y vas hacia la orilla del mar
a recoger las pequeñas conchitas que coleccionabas?
(Cuidado, te subas a la roca musgosa!
No resbalen tus piecitos de picafior!...)

O puedes hoy, a pie enjuto,
caminar entre los espejos curvos y verdes del agua,
entre la alfombra nevada y revuelta como tu pelo de las espumas?

¡Yayay! ¡Yayay! Yo voy a dar martillazos como tú
sobre tu lápida,
porque yo quiero que vivas conmigo;
que sonrias, que te rías sonoramente,
que hables, que juegues...

Ayúdame a deshacer el ángulo de cementerio.
Juntemos el puente trunco sobre el abismo;
vénte desde la negrura silenciosa;
yo haré un telescopio con la carne de mi corazón
para poner allí mis ojos a fin de juntarnos
en algún punto
por más que la distancia sea infinita.

Ángulo, ábrete, ábrete por de acero que seas;
vuélvete un hilo blando por el que desde los extremos
se vayan acercando, juntando, confundiendo
la vida y la muerte.

IX

LOS PERROS

*(A don Juan Lira, hoy también muerto,
y amigo y maestro de mecánica de Yagay).*

Notas, mi niño, como los perros, tus perros,
se han quedado con unos ojos tristes, viejos
desde que no has vuelto a la quinta?

Ellos saben que te has muerto
aunque tus huesitos no salieron de la casa
en la mañana de lluvia,
de llovizna, de aguacero,
de cuartos de hora opacos en que escampaba,
estando la ciudad, el hospital
más tristes
que mientras llovía...?

Los perros—no uno—todos:
la negra de la piel de terciopelo
y casi pegada al suelo;
el color de león y tan robusto,
tan atarunado;
la café claro, delgada, tímida:
ahora, ellos, y los otros,
todos me miran con unos ojos
de una hiel y de una miel,
de unas lágrimas que caen en mi corazón
más que si fueran palabras.

Comprenden lo solo que he quedado sin ti?
Tratan de reemplazarte, ellos, también pequeñines,
cuando se me acercan acariciantes;
cuando se me suben a la silla vecina;
al aparador de detrás de mi espalda;
cuando se trepan hasta la mesa...?

Estos perros no son animales.
Me miran silenciosos, dolidos,
adentro, adentro de los ojos,
sin pestañear,
como estrechándome la mano,
como abrazándome.

Es que así conversaban contigo en el columpio,
junto a la pila,
al pie de los eucaliptos,
bajo el parrón con las hojas tostadas de otoño,
mirándote en lo alto del peral,
esperando la fruta madura que les tirabas
como a hermanitos más chicos?

X

TUS MAS PEQUEÑAS COSAS

*(A Carlos y Luchita de Rivadeneira,
padrinos de Yayay, en recuerdo del
catrecito blanco que le regalaron...).*

Qué siente tu cuaderno
con las primeras letras
y con dibujos?

Qué sienten tus zapatos, huecos para siempre?
Abren sus boquititas alargadas, de miel, de lágrimas,
hacia tu cuerpecito vuelto de vidrio?

En las noches, tu catre, con sus varillas,
pintado de blanco,
como una barca atravesando la negrura de la muerte,
te lleva como una carabela, de vela blanca, esbelta,
mar afuera, mar afuera,
donde ya no llegan los gritos de las gaviotas,
esas gaviotas que estridentes
te despiertan en tu sueño
de silencio del nicho?

El ladrillo de tu grada, el ladrillo
quebrado en que te sentabas,
te reclama
como a un gatito que se hubiere ido a un tejado lejano
y que se hubiera olvidado de bajar
de su alfombra de luna?

La casa cada vez más envejecida,
es un bañi que cierra su tapa?
Es una abuela con la falda vacía;
con las manos ahuecadas
hacia una cabecita
que ya nunca volverá?

El tubo de la pila donde bebías agua
al igual que un perro, que un gato
o que un pajarito,
cuando echa sus últimas gotas,
destila lágrimas por ti...?

El limonero sobre el que saltabas,
a punto de secarse
después de haber florecido exageradamente,
halla inútil llegar al periodo
de los pausados frutos
cuando tú, fruto temprano,
caíste ya en la canasta de la tumba?

En tu bicicleta,
en las noches,
¿forma una silueta pequeñita
de chomba azul
la luna de nuestro cerro,
que viene como una ovejita
desde La Puntilla,
desde más abajo.
desde El Negro Cabildo,
buscándote a ti,
que si te desvelabas
veías por la ventana
su cara,

y las estrellas frías
y las lenguas delgadas, en temblor, bailarinas de las hojas
del eucalipto
en la laguna negra de la noche,
con reflejos de un foco semioculto detrás de la casa...?

La almohadita pequeña,
en que ponías tu frente;
que se bajaba hasta tu mejilla,
¿cree en una pesadilla horrible
ahora que tus ojos cerrados no pueden ver;
que tu gargantita no puede gemir...?

Tu almohadita, conmigo, detrás de los barrotes
del hierro de tu cama que se ha muerto,
te grita:—;Yayay... Yayay!

La ventana a que te subías para ver hacia la calle,
ahora en la noche negra,
ya cuando no pasa nadie,
se abre como una boca enorme de la casa y te llama, te llama.
La ventana es mandíbula abierta
y dentro de la casa está mi corazón sin moverse, dolido.
Cómo es que no muero si a veces casi no siento que me palpita
el corazón?

Es que tu manito frío de mariposa, está posada sobre él?
Mi corazón es otra de las cosas pequeñas tuyas,
junto a la bicicleta y a tu almohadita:

XI

LA PLUMA

(A don Adolfo Stolzenberg, mi amigo el domingo en que hubo lluvia y lágrimas para un acaudalado de niño...).

Trepador al damasco,
al peral, al naranjo,
al caminar este año
con sus pausados pasos

sino ojos de violetas,
de mariposas lentas;
ojos de flor y estrellás;
ojos, moradas perlas:

Pequeñín del silencio,
cual ovillo en el suelo
la pluma en el misterio
te toca con sus dedos?

la pluma, la de pétalos
como ojos de los muertos,
—no ya vidriosos, viejos;
no ya blancos, de yelo,

al ir entre las ramas
por ti ha dicho palabras
balbucientes y cautas,
de evocación y santas.

Bajo la tierra muda,
te levanta cual grúa
y en la nevada altura
se siente hamaca tuya...?

XII

CONVERSANDO CON LAS COSAS

(A mi hijo Beethoven que se perdió a los tres años en un desierto, anuncio de Yayay que a los seis se fué por una llanura sin término...)

En la mañana fría,
más triste que con lluvia;
con un cielo entizado
—las casas como tumbas!
sintiendo, cual campanas,
doblarse sin sonido
los verdes candelabros
de nuestros eucaliptos;
un pío aquí y allá,
y el mar y el cielo juntos
en medio de esta niebla,
qué es de ti, mi difunto...?

Si aquí está triste todo,
cómo estará en tu nicho?
Mi nifito sin ojos,
estás con pena y frío...?

Pila en que te bañabas,
pececito delgado...
(Con tu espejo en temblor,
eres un ojo vago).



Papayos como lámparas,
agaves espinosos:
papayos, peregrinos
esotéricos, y hondos ..

Piedra azul del parrón
que hacías de su silla,
extrañas hoy sus diálogos
con gusanos y hormigas...?

Florcitas de los guindos,
cual tréboles de nieve:
ya nunca daréis frutos
que el niño mordisquea...?

Techo de zinc rojizo,
descolorido a trechos:
ya no sientes los pasos
de sus pies, todos nervios?

Rayuela ya borrada,
luche que no se ve:
cuándo volverá el niño,
el del cinco y el diez...?

Columpio destrozado,
argolla del cordel,
carretilla hecha coche,
pedales de su pie:

esperáis que algún día
en caballo de palo
vuelva lleno de vida
o en bicicleta, a saltos...?

Carretilla destruida;
pala que no usará;
tarro de la basura;
no volverá jamás...?

Gallineta estridente;
gancho del picotazo;
por qué se fué mi niño,
el que nunca fué malo?

Pilares del parrón,
cuando un chincol se pára,
evocáis con cariño
al trepador gimnasta...?

Raíz del eucalipto
que eras su andarivel:
si un niño se descuelga
por ti, piensas en él...?

Acequia de la quinta,
de retamos y cieno:
cuando los astros brillan,
vuelves a ser su cielo...?

XIII

DESPIERTAR

(A mi hijo Arcalaús, el compañerito de juegos de Yaguy).

Los pájaros de los agaves, de los eucaliptos,
de los perales, de los guindos,
de los retamos, de las matas de yerba
están piando.

Tus hermanitos qué se despiertan
piden dulces, fruta..

Tú, mi niño, el del nicho del cementerio,
anca de lágrimas dentro de mi corazón,
ya estás despierto...?

(Fué fría, fué helada la noche...?)

Ni lo poquito que antes era tuyo,
ahora es para ti.

Como el viento del amanecer
que se escurre entre los ramajes,
así, sin ruido,
ocultando tu chomba azul
entre los retamos amarillos
te has ido y a ti no te despiertan
ni estos píos de los pájaros del alba
ni el canto de los gallos de lo alto del cerro.

Dónde estás, niño mio...?
Nunca más tu boquita

de labiecitos de papel
me pondrá como gótitas de agua
sus besos chiquititos, silenciosos, tímidos
en el dorso de mi mano...

Los pajaritos trinan.
—Tú, en tu jaula encementada,
callarás, corazoncito congelado...?

Oyes como te estoy llamando?
Con el buen oído que tenías
por qué no me oyes...?

¿Soy yo el ciego, el sordo
que no te veo junto a mí,
jugando en el balanceo
del eucalipto de mi ventana;
que no te oigo
disuelto en el frotar piedrecitas
de los picos de los pájaros...?

XIV

LA PUNTILLA

*(A mi hijo Lohengrin, el de la sonrisa
en que tiembla una lágrima).*

Puntilla donde el niño jugaba,
adonde iba con su volantín:
qué cuchillada me clavabas...?

Qué balcón eres
que da, no hacia la ciudad,
no hacia el cielo,
sino hacia la muerte...?

Mi niño, el de la manito fina,
en ti, puntilla,
con su volantín,
con su hilo,
elevaba con el papel
su corazón al cielo...?

Puntilla, pedestal de los niños
en el bastión del cerro;
puntilla del camino:
ya no verás a mi niño
volver cabalgando en una rama
o con brazadas de dedos de oro.

XV

PARRÓN

(A Roura Oxandaberro, el de las noches estrelladas miradas bajo los eucaliptos y el amigo casi esotérico de Yayay, en sus conversaciones, al pie del peral).

Parrón casi deshecho del medio de la quinta, esqueleto en pedazos de un caballo de palo: tu cabeza redonda, en el suelo arenoso ¿qué olfatea o qué busca, en la noria tapada?

Parrón de treinta metros, con el cuello cortado y falto de costillas, casi junto a la pila: tus cascos de madera ¿perdieron ya la vida ahora que el jinete, el de cabeza rubia, no ha vuelto de su silla de silencio y de bruma? El que montaba en ti, parrón de los Otoños, tampoco subirá en los burros que entran, que se comen las plantas, al quedar entreabierta la puerta de la Quinta...

Ya no verán sus ojos, que tanto me pidieron, en una lejanía el trajecito azul, el traje marinero... Nada de lo que quiso lo consiguió de día. Y hoy que vive en la noche, con los ojos cerrados, al igual que tú—mudo, ciego, viejo parrón— qué podrá ya pedir, apagado su sol?

Marinerito lindo, sin el traje pedido...!,
toma la noche azul para tu cuerpecito;
coje toda la espuma y hazte un vestido blanco;
sé el capitán de un barco de cielo, tierra y agua.
Sé el jinete perpetuo de este parrón con alas,
de este animal en huesos y mamut prehistórico.

(El parrón se cortó vértebras cervicales
cumpliendo un harakiri...El parrón, ya sin ojos,
arrimado a la noria, llora lágrimas mudas
y sus cascos de palo tiemblan, se desmenuzan...)

XVI.

OVILLITO DE LUNA

(A María Teresa Femenias Loyola, maestra y como tal madre de militares de niños; a María Teresa Femenias que como artista ha pintado líricamente, con emoción exacta y perdurable, en su teatro por radio, la infancia solitaria de O'Higgins, allá en Inglaterra).

Ovillito de luna,
de miel,
de lágrimas,
contigo yo me he muerto en Valparaíso.

Oh esto de estar muerto y vivo!
De vivir por los otros
y de estar muerto, de sentirse muerto
en lo más hondo de sí.

Me morí contigo
en lo pequeñito,
en la ternura,
en el gemido,
en los ojitos
hacia los coquitos de los eucaliptos;
en las manos
hacia las ramas, hacia los cogollos
de los más altos árboles.

Me morí en el ovillarme en el suelo;
en el conversar con las arenas lúcientes,

con los gusanitos blancos,
con las hojas verdes y las flores de fuego de los cardenales.

Me morí en el callar
junto a la ceniza de la hoguera
que iba apagándose.
Me morí en el dormir
en el lecho hojoso
de olorosas ramas de eucaliptos!
En el andar sin zapatos
en la tierra con aluminio, con oro, con plata
de las mañanas de sol.

Me morí en el poner la mejilla pequeñita
en la almohada como una nube mínima,
alfombra de vuelo para un ángel.

Me morí en el perseguir mariposas;
en el dar maíz a las gallinas;
en el coleccionar piedrecitas;
en el guardar botones,
pedacitos de hilo;
en el tener un martillo chiquitito;
en el golpear clavos
en una tabla o en el suelo
como quien planta un árbol.

Me morí en el sentarme
en el tablón del parrón
y con la cabecita rubia
quedar oyendo un trino
o silencioso
ante las mariposas rojizas, lentas en su vuelo,

de las hojas que caen cual estrellas,
cual de papel verde dorado
del parrón.

Me morí en el correr a la calle
cuando pasa la banda;
en el poner el oído
a la campana de la capilla
de los domingos.

Oh, en cuánto me morí...!
Me morí en el trepar por las raíces desnudas
del eucalipto;
en el subirme al tejado de zinc;
en el conversar con los millares de estrellas del cielo,
piedrecillas para mi bolsillo de niño.

—Yayay...Yayito...Españolán,
muerto tú en el puerto.
se acabó lo gitano de tu padre.
Ya adónde ir, cómo partir
si tú que eras su querida maleta
de viaje,
tú el regulón que te ponías "alapa".
ahora eres y serás para siempre
un ancla inmóvil, una piedra de silencio
dentro de un cerro de Valparaíso?

Contigo, Yayay,
aquí se acabó el camino.
Contigo he muerto en Valparaíso.

XVII

OJOS CERRADOS

*(A todos los padres y a todas las madres
del mundo que tengan hijos muertos).*

Las velas, las más altas velas,
las que llegan con sus llamas hasta los astros
se han achicado,
se han apagado.

Hasta las arenas
y el agua—de mar o de río—
han perdido el más tenue
resplandor.

El tizne de la huella
del caracol en el camino
se ha deshecho.

Perdió sonido la brisa
al cortarse el vuelo
de la estrella desprendida....

—Ojos del niño,
pétalos de ceniza,
de pelo y de luna:

habéis abierto
noches de luna morada,
jardines de vidrio,

MANOS SIN OJOS...

Ojos cerrados del niño:
el sol desvanecido,
ojera de muerto.

Ojos cerrados del niño,
oído que ya no oye;
piecitos que no andan;
garganta que ni ríe, ni grita;
lirio cegado
con un cuchillo
de ojeras y de violetas;
ceniza para el sol;
desamparao
para el campo en primavera.

Los ojos cerrados
serán de hoy para siempre
alas de gaviotas graznantes
sobre nichos.

—Yayay...!Yaysy...Yayay...Yayay...Yayay! Yayay...!

Imposible raptarte de la tumba.
Del fondo de ella, ya no saldrás jamás.

No...! Nunca, nunca
tu mano tomará un trompo,
ni agitará en el aire el cordel de un volantín.

Aunque las estrellas—trompos y volantines—
arían, bailen y vuelen,
tus ojos, estando cerrados,
tus ojos, pétalos en polvo
de una flor de luna y de polo...

XVIII

NIÑO QUE NO NACISTE...

(A Gabriela Mistral, madre del niño que
no vió luna ni sol).

Niño que no naciste,
niño de lo imposible,
el de la torre triste
y la luna invisible;

niño de las pupilas
de cascadas sin agua;
el de la veste en hilas;
de una morada fragua

que deshizo tus huesos
antes de que andavieras;
niño de llanto y besos
y de quemadas eras;

niño, lirio doblado
y campana sin voz;
pétalo amortiguado,
si no adviniste a Dios,

tú, niño de neblina,
de puntos suspensivos:
¿tu gargantita fina,
tus ojos pensativos,

son menos dolorosos
que los del niño muerto.

sin los ojos vidriosos,
pájaro de mi huerto?

Oh niño de espuma
y de hielo polar,
mi niño no fué bruma.
¿Por qué hoy es estelar...?

No importa que mis hijos
formaran un cordón.
Eran árboles fijos:
todo mi corazón.

Tú, niño en suspiro,
eras evanescente.
Yayay, por quien deliro,
fué vivo y fué doliente.

Niño que no lloraste.
niño que no reíste:
¿por qué no te cambiaste
por mi niño triste...?

Niño de ceniza
de imposible y misterio
se apagó su sonrisa,
la luz de mi lacerio...

XIX

MI COMPAÑERITO DE LOS DOMINGOS.

(A don Emilio Muñoz Mena, que sabe de las compañías de los hijitos chicos).

Ventanita pequeña
y no obstante infinita.
en tu enana lunita
me has llevado los ojos...

Niñito de la chomba
azul, tejía en casa
¿por qué la brisa pasa
si no va con tu risa...?

Manitos de violetas,
brazos tan delgaditos
más que huesos, hilitos:
manitas de cariño...

Manos manos rocío;
manos, tímidas, frias...
(En estas manos mías
ya no estaréis jamás...)

Ojitos como puntos
de una luz tristecita...
¿en qué estrella azulita
seréis cual mariposas...?

Manito de mi mano,
mano de los paseos...
Los domingos qué feos
ya por siempre jamás...

Avecita de azúcar,
en mi amargura de hombre...!
La soledad sin nombre
hoy se expande cual sombra.

Mi amiguito pequeño,
almolada, hijo y hermano:
en atelante en vano
habrá dedales de oro

y ovejitas y cabras
y perritos y gatos
y gallinas y patos...
¿A qué sin ti, su amigo...?

Niño omnicomprendivo,
fuste mi corazón,
Y: no hay consolación...
Tú has llevado el domingo...

XX

MI DÍA.

(A don Raimundo Herrera, amigo querido, impresor de "Ropa Vieja" y de "Yayay". A don Raimundo Herrera por quien mi niño, mi Yayay será un sei siempre vivo junto a Ulises y a Romo, a Macías y a Don Quijote, a Beatrú y a Jesús...)

Mi día.... (El día del papá.
El día del abrazo,
el día tan esperado para todos ustedes....

Ya han venido la Galatea, la Sakuntala,

Cabusho...

Todos me abrazan,
me dan sus besos....)

—Tú, mi Yayay,

¿qué me das?

No es que no estés aquí.

Yo te veo. Aquí en el vacío te palpo.

Gracias, mi niño!

Tú, mi muerto

que no morirás nunca,
estás aquí, penetrando de luz,
llenando de un volumen metálico
el aire vacío.

Aquí tengo entre mis manos
tu cabeza,

y tu corazoncito
es una gotita
de rocío
que cae
como una cruz
de campanario
en el cáliz de mi corazón.

Gracias, Yayito,
por la vida para siempre,
vencedor de la nada.
La muerte
como una pompa de jabón
se hundeshecho entre tus dedos.

XXI

EL MARTIRIO DE LA MUERTE.

(Al Dr. José García Tello, cirujano que salvó a dos hijos míos de la muerte).

Niño que estabas vivo meses después de muerto,
¿en qué polvo te has ido? ¿qué harina te ha deshecho?

¿Qué catarata vaga de eclipses y esfumino,
entre mis dedos tiernos, te ha robado, mi niño?

En la sombra difusa tu cabecita de oro
se ha vuelto cartalina, y pergamino y polvo.

Tu cabecita viva, tu sonrisa de luz,
han empezado a ser como de un aire azul.

Tu silueta precisa se está volviendo vaga.
Tus límites se pierden y se borra un cara.

¿A qué gritos? En vano pido asiste, tenerte.
Ha empezado la muerte en mí, en la que muere.

Es inútil vencer de «la noche que dura».
Cabecita concreta, es cada vez más muda

tu voz de lloro y risa... Tu carita de pena
es como un haz de trigo, de ternura y belleza...

Pero tu carne viva, tu carita tan mía,
van entrando, oh martirio, en la muerte infinita.

Niño, luz que se apaga, no borres tus pupilas.
No te vuelvas de humo, un perfume en la brisa.

No quiero que te esfumes... Quiero ver tu cabeza
y oír tu voz clarita, y tu grito y tu queja...

Muerto que estabas vivo, comenzaste a morir.
Niño que estás muriendo, vuélve, vuélve a vivir...

Aunque la muerte sea como un mar de negrura,
no borrará la tiza de las manitas tuyas.

En tu cabeza de oro, de corteza de coco
yo tendré una chancaca y un solcito y un trompo.

Muerto que no morías, si empezaste a morir,
fanal en el olvido, volverás a lucir.

Con tus ojos, tu boca, serás resucitado.
Estás resucitada, luz del fondo del lago.

Tu chombita de lana y tejida en la casa
tendrá su azul tan tuyo, y serás cuerpo y alma.

La sombra evanescente se apartará de ti.
Perdurarás como eras, no de trigo ni anís.

XXII

TRANSMUTACIÓN

*(A Lydia de Coronel, la compañera
de mi vida).*

Por ti, niño de cera, pájaro del peral,
huesitos de retamo, lloro y voz de cristal,

lo que en su origen fuera resplandor y carbón,
brasas de lujuria, pena en el corazón.

en la custodia de oro de tu cabeza pura
se ha vuelto sólo un lirio de perfume y ternura.

Has dejado de ser la carne de pecado.
Pasaste a lucerito que perfumó el cercado.

Eres un lirio fino con un collar de estrellas
y has dejado tus lágrimas por cristalinas huellas.

Has sido de hostia y nieve, de espuma y de sonrisa.
Más puros que tus ojos ni el alba ni la brisa.

Has unido. Yayáy, en tu cuerpito lindo
el olor del azahar con la fruta del guindo.

Hubo en ti del Adonis del Teócrito griego
y del suave Jesús: purificaste el fuego.

Continuando yo en ti, tú fuiste muy distinto:
en ti ya no hubo barro y si hoy eres mi extinto

mañana estaré muerto en tanto vivirás
como rosal o arco iris para siempre jamás.

Concluiste mis espinas y transformaste en flores
mis cosas animales... ¡Premio de mis dolores!

Niño mío, puro, muñequito de cera,
por ti será mi alma perenne primavera.

Fuiste un niño de alba, de celuloide y luna.
Eres el sol, la lágrima que forman mi fortuna.

CASA POBRE

O

EL NIÑO TEMPORAL

I

VIDA SIN MI NIÑO.

(A los padres que, por el trabajo, casi no tienen tiempo de convivir con sus hijos).

¿Por qué los grandes, los mayores son ásperos con los chicos?
¿Por qué ya uno, ya otro trizó tu corazoncito
de pajarito
y te hizo llorar sin motivo?

¿Por qué mi vida entera no estuvo dedicada a ti?
¿Por qué yo, tu papá, estuve en tu pequeña vida
sólo muy pocos ratos contigo?

Oh esto de echarte de menos
ya cuando es imposible jugar contigo,
conversar,
pasear,
pasarte la mano
por la frentecita,
por la cabeza,
besarte las sienas...

II

LOS PAQUETES.

(A mi amigo Pedro Pacheco, hoy que ya no es el Alcalde comunista de Valparaiso, como a uno de los más significativos espíritus: uno de los pocos hombres que dan un sentido a esta América joven, encadenada por generaciones viejas).

Niño listo como un quiltro de oído despierto
en la puerta de palos de un rancho:
¿por qué ya no vienes a mí, saltarín,
a la hora del almuerzo, casi a la una de la tarde,
a recibirme los pesados paquetes del pan, de la verdura,
del pescado, de la carne y de los huesos para los perros?

Antes, aunque estuvieras en tu patio de tierra;
aunque estuvieras con el mundo pequeñito
de una bola de piedra que brillaba para tus ojos
como si tuviera las siete franjas del iris—,
sentido mi salto en la acequia
al pasar de la calle al callejón
que da a nuestro portón de fierro,
tú alzabas la cabecita
y como un gamo, como un pajarito
corrías, volabas a recibirme.

¡Oh estos paquetes míos, estos paquetes pesados como con piedras,
paquetes de cordeles de todos los padres de familia del cerro!

En el carro quemante del ascensor en el verano;
bajo el aguacero de los inviernos ululantes,
en estos paquetes de los padres-empleados u obreros- para los hijos
cómo se han hecho miel nuestro dolor, nuestras vergüenzas, nuestro trabajo!

Los cordales de los paquetes
han entrado en nuestra carne, en nuestros dedos
y no hemos sentido sus cuchillas largas.
¡Oh cómo los cordales de esclavos
por ti, por tus hermanitos, por los hijos todos de nuestro cerro pobre,
se han hecho de ternura,
de luces puras de estrellas: jarcias de barcos,
copas de eucaliptos, nubes de nuestro cerro "La Cruz".

En el ascensor apestando a veces a establo,
los jornaleros marítimos que traen sus atados de leña,
y los vendedores de pescado y todos los que busamos el pan
con el trabajo, con el préstamo, con el robo, con el engaño
en los míi caminos dolorosos de las hormigas
que sobre el estercolero
extraen algún jugo, algún grano,
algo para la familia,
¡cómo he sentido que los cordales que casi hieren nuestros dedos
tienen una luz de sol, de pupilas tiernas
y cómo los paquetes mismos que van a los hogares
no llevan comestibles materiales
salidos de la tierra:
llevan el propio corazón de estos hombres superficialmente duros
y todos tiernos con sus hijos, con sus perros,
aunque ásperos en sus palabras,
aunque rotosos, sucios en su ropa,
aunque con barbas de tres, cuatro o más días;
pero todos con una brasa leal de cariño
bajo el carbón inexpresivo

de su corteza de astillas, de espines, de dureza de rieles,
de oscuridad de cascos de buques.

Yajay, niño mío, niño de ojos comprensivos,
tú como un ave de alas abiertas frente al mar
o a corazones clavados de espigas,
nos has encontrado virtud y razón a todos.

¿Para los padres, por sus hijos,
hasta el crimen n tiene del lirio del martirio?

Niño con carne llena por los poros
de la tierra pobre, humana, subhumana, superhumana del cerro,
tú has sabido de estos hombres de los paquetes:
hombres que desde el alba y hasta las once o doce de la noche
trabajan y siempre, siempre
con salarios, con sueldos insuficientes.

Entregados al trabajo sus brazos,
sus pulmones, su corazón,
sus ojos cansados
¿no han adquirido acaso el derecho para sus hijos
de tomar el mundo todo?

Han dado a los demás su sueño trunco,
su hambre, su sed, su desnudez,
su casa sin muebles,
sus piezas sin luz
sus casas sin agua
y para lo poquito de los paquetes de comestibles
para los pajaritos indefensos de sus hijos
¿no tienen acaso el deber y el derecho
de llevar los carros de sus vidas
como trenes que crujen sobre rieles sin límites;

sobre la honradez primero
y luego, por el dogal de la necesidad y la obligación de vivir,
sobre la hipocresía, sobre la súplica,
hasta sobre el engaño
y el incumplimiento...?

Oh niño mío, niño del siglo,
niño del corazón como un embudo
para chupar el universo,
tú has comprendido todo eso;
por eso me querías,
por eso venías a mí como un perrito
que no tiene para qué reflexionar;
como un astro-el astro de tu cabeza dorada-
que brilla para todos y para todo
haciendo resplandor del mismo barro.
Comprendiendo los paquetes, queriéndolos,
tú eras un corazón; eras dos soles inmensos en los ojos
abiertos hacia una moral nueva, inmensa, excediendo, levantándose del derrumbe
de esa moral prejuiciosa, como un espejito pequeño,
espejo de alcoba,
un espejo que no entra a los corazones;
que no sabe del dolor
y que no puede comprender
las lágrimas de estos hombres con rostros como de piedra o de madera.

Tú, mi Yayay, eras el primero que corrías atropellándote
a recibirme los paquetes, y, por ti,
los libros llegados de todos los puertos,
de todos los miradores del mundo
callaban ante estos paquetes.
Los paquetes daban fuerza a los libros míos
para seguir décadas callados, inéditos
hasta que se pierdan.

Por ti, por los paquetes queridos
era el pan cotidiano la conciencia
de esta ausencia sin vuelta;
esto de ser, no un ausente, un muerto en mi país;
siendo un extranjero, un inexistente civil
en esta tierra también mía:
tierra que no es de los poetas extranjeros que la adoran;
pero sí de los que fustigan a sus hijos, de los que se nutren de sus hambres,
de los extranjeros salitreros y accionistas de las minas de cobre.

Por ti, por los paquetes, yo no he odiado,
yo me he enorgullecido de los tacos ladeados,
de la ropa única
del sombrero más de cinco veces llevado a limpiar,
sombrero verde como dice el pueblo que es el color de la esperanza;
sombrero suelto como un trapo de frotar el suelo;
sombrero mío, mi paraguas
y la jaula de mis pensamientos;
sombrero pobre, hermano
de ese sombrero nuevo que etrnizó el juglar del Poema del Cid,
al dar en él de beber agua Félix Muñoz a sus primas,
en el robledal de Corpes;
sombrero verde con los catorce verdes de la pradera:
el verde claro, el verde sucio, el verde oscuro,
el verde negro junto a la cinta vieja y sudada;
el verde amarillo, el verde azul;
el verde hacia el barranco;
el verde en la colina;
el verde con la sombra ceniza de las nubes,
con las manchas negras de las alas de los pájaros;
el verde al pie de los árboles huequeados,
apollillados, porosos, carbonosos, negros.

Oh, estos paquetes de comestibles, Yayay,
que fueron mi alegría y mi consuelo
mientras viviste
y mi fuerza y mi resignación...!

Y ¡oh esto más amargo ahora
de no poder saltar la tapia
tras de la que juegas
para llevarte estos paquetes de cariño
para tus ojos en soledad...!

Niñito mío de los paquetes,
¡cómo agradezco a la Julia,
a la mula de la casa,
que se hubiera retratado contigo...!

Con ella, tú que eras mío, mi lágrima y mi estrella,
debías estar.

Mi niño de los paquetes, no te retrataste
en la cámara amanerada de un fotógrafo de lujo.
Con la niñera y cocinera, y ya no empleada
sino una más de nuestra familia,
te retrataste un día cualquiera
en una plaza pública.

Estrellita de mi corazón,
cocuyo de la noche negra
que ha puesto sus crespones, su terciopelo en mi pecho,
al gritarte sin voz ¡Yayay! ¡Yayay! cuando me acerco al portón de nuestra
quin
con los paquetes.
te veo de la nada levantarte
y tu cuerpecito chiquitín,

tu pelito entre de bronce y oro,
vienen en el aire hacia los paquetes
y si cierro los ojos te veo a ti mismo.

Cuando pierda totalmente la memoria,
entonces, ahí te tendré, invariable, vivo,
sin adaptación extraña,
junto a la Julia,
tal como te tomó un fotógrafo anónimo.

Cómo sufre mi corazón
metido dentro de los paquetes
cuando al caer al suelo
los huesos que son para los perros
y cuando empieza a las manos chiquititas
la distribución del pan francés, del pan coliza,
de los plátanos.
tú no llegas con los plátanos pálidos de tus brazos...
¡Oh los plátanos pálidos de tus brazos de vidrio...!

III

NIÑO CASI SIN ROPA...

(A Aurelio de la Fuente, amigo mío, maestro comunista y uno de los hombres más leales, más cultos, más fraternales que he conocido en Chile, y en quien concuerdan el ideal y la conducta).

Niñito casi sin ropa,
con el metro en zigzag azul del relámpago
habrá que cortarte vestidos
de la tela negra de los nubarrones.

Niñito que miraste ventanas de dulces,
de pasteles como flores o joyas,
¿sólo las estrellas estuvieron guardadas
para tu boquita pequeñita?

Piececitos sin zapatos,
en la gradería de las colinas y del cielo,
¿habrá un zapatero
que tenga terciopelo de ojos y de corazón
para tu carnecita aterida?

Niñito mío, más mío que el dolor y la sensibilidad,
si no tuviste ni ropa,
el pan,
ni arañas de oro
ni otros dulces que las calugas
de las vitrinas pobres de los arrabales,



ni paseos continuos:
qué fué la vida para tí?
Qué te hice vivir...?

En el túnel de mi corazón,
bajo mis párpados apretados,
ahora eres un farol desnudo,
una lágrima
bajo el desamparo de tu infancia ..
de tu infancia
igual a la de todos los niños pobre del mundo.

Hijo mío, niño de cera, cuerpo f. acucho,
único de tantos,
único para mí e idéntico al niño desnutrido de todos los padres que sufren;
niño, en tus poquitos días de vida,
muchas veces semidesnudo y pidiendo pan
tú, hijo de mi carne concupiscente,
carne que por tí se transmutó de pecado en virtud,
en lucecita azul sobre los alambrados;
hijo de mi pensamiento y de mi sensibilidad,
que sabías de mis ojos sin límites:
a través de los años y para siempre
la máquina del cielo con sus agujas de lluvia
tejerá tu chomba azul con hilo blanco,
uniendo la corola del cielo
y los rayos fríos de la luna,
fríos como tus labiecitos de niño muerto,
tus labiecitos de papel, de polvo,
de sonrisa, de queja que se quedó en silencio...

Niño de los coditos rotos;
de los dedos acornados por los hoyos de los zapatos ocasionales;
niño cuyo único orgullo

dentro de la semidesnudez de dentro de casa
fué un guardapolvo barato;
niño mío, del cuero negro de las noches
se harán zapatos con brillantes
y entonces las lágrimas que no temblaron en tus pestañas
por la miseria que ya empezaba a clavar sus uñas en ti,
serán estrellas...

Niñito de la frente pensativa,
amigo de la estrellita lejana como un farolito
de juguete;
niñito para quien un diez o un cinco
fué más que una moneda de oro;
niñito,
niño de seis años,
niño de la mano delgadita
y de los besitos que casi no se atreven a darse,
en la mano; tú has sido mi niño,
el niño lindo, el niño de esta época, de este siglo y de todo tiempo
el niño hermano del gato con hambre, del quiltro, del perro que gime en la noche
de viento,
de la gota de agua que llora sola, en la noche.

Fuiste niño de Valparaíso, niño del mundo
y especialmente niño mío: de mi panorama infinito,
Había en ti el viento de nuestro cerro, sus dedales de oro
y en tu alma como en un espejo se proyectaban,
a pesar de nuestros árboles, altos, serenos, eternos,
los tejados de calamita, el dolor real, temporal
del pobrerío de nuestro arrabal.

Veías el cielo, el mar, las copas de los árboles;
pero asacoteaban tus oídos los gemidos
y también tú fuiste

un delgadito hilo de agua
que se secó cuando pequeñas yerbecitas, en que nadie repara:
siguen viviendo, sin oídos y sin ojos.....

Pero, oye, niño mío, niño simbolo, niño de la multitud,
tú también puedes seguir viviendo; lo mismo que la hierba,
sin oídos y sin ojos?

Tú quedas, tú vas a quedar como en un friso griego,
más que en mármol, más que con llamas,
en esta poesía que se enrosca en ti como en un trompo.
Niño mío, niño pobre, niño casi sin ropa,
tú vivirás más que si hubieras sido un príncipe
y por ti la ropa pobre será más linda, más querida, más cordial
que una capa de terciopelo....

Serás el pequeño príncipe, delgadito, de los piecitos de pieafler;
que apenas me pasabas de las rodillas;
que tenías una cabeza de miel;
y que lucías ¡caramba! como una joya
tu carne por entre el codo roto
y tus deditos como gusanos por la punta de los zapatos.

Y así faltándote todo eso... ¿quién era más que tú?
Los pájaros están vestidos y andan desnudos...

Tú, completamente sin zapatos,
eras un rey de sesenta o setenta centímetros
que ponía el lirio de su cuerpo
sobre la joyería de las arenas.....

Aunque todo te faltara,
tenías la vida
y eras tú.

CANDADO

I

LA NORIA

(A la señora Elvirita de Fuentes que tuvo
un hijo mártir.)

Antes de que se destapara,
tú no habías nacido.
Ha cerrado su ojo,
y ya no vives, mi niño,

Breve, como el de un picaflor,
ha sido tu vuelo
entre la luz y las espinas.

(Digamos lo que pienso....)

¿Cuándo comenzaste a vivir?
¿Tú fuiste uno de los viejos mendigos
de los displicentes mendigos
de los epigramas de Homero?

Mi mariposita humana,
con su misma dignidad y altitud
—y hoy sin hablar de un retorno—
alzaste el vuelo.

Vértice de una vida.
punta de todos los universos posibles,
en un temblor de arpa en la brisa
o en la lluvia
te asomaste a mi corazón,
a la vida,

y fuiste la ternura,
 la amargura,
 la belleza,
farolito en el viento.
 lo trizable
y paradójicamente lo perdurable.

Niño integral,
por ti he sentido a la muerte
y en ti se han confundido
los cordeles de la esclavitud humana,
del hambre, de la desnudez
y la estrellita eterna
de las lágrimas azules
temblando en las pestañas....

Niño mío, barquito fino de totalidad,
gemido y sonrisa,
a caballo en una lagartija
sé el arco iris, el puente liviano,
el haz de trigo
la paloma de pan.

Fuiste la síntesis de lo material y lo espiritual
y por lo delicado,
por lo fino,
por el lirio en la voz,
por las violetas en el fondo de las pupilas y del gemido,
te tengo frente a los ojos
semidesnudo, sufriente,
sin sentir que llega la muerte,
tendido en el lecho del hospital

y faro, faro mío, faro como una puntita de aguja
en mis noches de neblina
con una llovizna de lágrimas
que me hacen un horno carboniento del cielo.

¡Yayay, ángulo del cuerpecito al que no di cuanto necesitaba
y del corazoncito al que hoy envuelvo en una tibia capa de cariño,
capa tejida con mis manos que se ahuecan ante una cabecita esfumada!...)

II

DEDICATORIAS.

(A mi madre Rosa Matilde Germán v. de Coronel; a mi madre, siempre sola, para unir hasta su soledad a la soledad inmensa del barco sin ancla del niño que ha llevado a la muerte en las dos gotitas de luz de sus ojos una aurora boreal).

Niñito de lirios azules
hoy con ojos de lirios negros
o con ojos nieve y luto
de las flores de habas;

niño, barquito sin proa,
sin ángulo agudo que hienda la ola;
niñito, balandro dorado,
mitad de naranja, lámpara de sueño, pena;
de miel y desvelo
hendiendo la falda negra de las noches,
clavando sus haces de fuego
en el largo camino, vacío, desierto,
ya sin luna triste y sin sol morado.

Balandro de luces veladas;
pájaro del alba, todo trino y vuelo;
¿por qué estos poemas tan tuyos,
pétalos en costa atados con lágrimas,
han ido amarrándose a seres que no eran
las pie-nitas tuyas, ni eran tus bracitos,
ni tu cabecita, ni tu misma sombra?

Yayito, barquito metálico, azul, fugitivo,
que en mar brillante de espuma y de música,

deseando ligarte a los vivos,
tenerte con fuertes y tensas amarras
que amantes sujeten tu sombra que huye,
he cojido puntas concretas y vivas,
ganchos que te asgan, rocas que te adhieran,
boyas que te cerquen, mi barco de humo, ceniciento,
ski de los montes donde ya no hay voz,
gaviota volada más allá del mar,
rosa de los vientos clavada en un pico de pájaro
al abismo negro del que no se vuelve.

Yayay, te he atado, dando ropas tuyas,
uniendo tus quejas, tus voces y hasta tus miradas
a cuerpos hoy vivos
para que mañana, cuando pasen siglos,
ellos ya sin vida, algas de un naufragio,
a su vez palpitan con oídos y ojos
junto a ti, balandro de la frente curva, de la frente de oro;
balandro sin ángulo, punta de cuchillo;
balandro de lirios, haz de los retamos,
piecitos lindos de fuga y misterio.
ojos-luceritos, faroles de choza, violetas del cielo.

Lo tuyo, más tuyo, más mío, lo tuyo, tan único,
en dádiva máxima lo hemos adherido
a seres, a almas extrañas
formando un cordaje
de un barco tan grande en que quepa el mundo.
Tú tan pequeñito has sido capaz
de tirar la red de tu pelo rubio
y, asido a estos seres
unidos a ti por alguna esquina,
álza hoy el ancla de mi corazón.
Partamos! ¡Partamos!

Es la hora del alba, mi antesol de flores.
Hace unos minutos, en el sueño último,
ceji entre mis manos tu cabeza linda:
caminaba sola, estaba cortada
cual la del Bautista; pero estaba viva.
No caían gotas de sangre, ni menos
me daba terror.
La tomé cual lámpara, como un concjito
o un pajarito o una flor de cerro:
¡oh qué suave era: un ave...una lámpara...!

(En el sueño
tu cabecita cortada
tenía ya el cuello
y el abrigoito
de tu hermanito más chico...
Se juntaban
tu cabecita
y el cuerpecito
desaparecido
de Distante...)

Yavito, tus ojos de luz, tus ojos luciérnagas,
encienden sus luces. Venga ahora el viaje
por mares de niebla, por cielos de noche.
Llevo tu cabeza viva entre mis manos.

Potrito impaciente, balandro de oro, partamos
llevando contigo las olas, las rocas, las boyas,
la tierra lejana, los astros,
la piña de noches y días y espinas del mundo,
el mundo ese trompo de música,
el trompo de cuerda que tú no tuviste en la vida.

III

MAÑANA.

*(A mi amigo don Roberto Hernández que
como yo ha conocido el martirio del hijo
que se nos va).*

Mañana—¿cuándo...? no sé—;
mañana seré un cadáver:
mi cuerpo no será un cuerpo;
será un silencio de cauce.
Seré ceniza de luna,
menos que humo de los valles.

Mañana—yo ya sé cuándo:
cuando hayan muerto mis árboles—
de mí no quedará nada:
seré menos que esas aves
de plumas petrificadas
a la orilla de los mares.
Hasta mi última partícula
será polvo en los eriales.

Mis ojos serán arena.
De mi vida y sus afanes,
no quedará ni una sombra;
mas mi pecho con puñales,
de espaldas yo en lo infinito
será un mar reverberante
y tú, mi niño de música,
serás el viento del valle,
el arbolito que crece
y el corderito que paca.

No importa que todo muera;
no importa que yo descanse;
sobre mi yo ya en ceniza,
bajel de las tempestades,
mi barquito de papel,
tú serás el sol que nace.
Tú, mi cabecita de cro;
tú, mis piecitos ágiles;
tú mi niño de trigo,
mi colibrí de los árboles,
nadador de la pileta,
gota de agua de la l'ave,
cabecita de retamos,
gusano de los agaves,
mi gatito del tejado:
tú serás en los espiales
de vagas ciudades muertas
naciendo de tempestades,
la lagartija de cro,
de esmeralda y con corales.

Allí, pasados los siglos,
cuando se sequen los mares,
niño de las manos finas,
de gemidos cual puñales,
en las rocas de las noches
tus ojos serán fanalea.

Oh este mi yo será humo...:
tú serás vivo y distante,
y cercano y fugitivo,
ch espumita de los mares....

Yo habré sido cieno y humo;
tú, sol en los pedernales.

IV

CANDADO

(A mi prima Carlota Irene Germán, en el Ecuador, inmbel en mi infancia, inseparable de los pedaños de piedra de esa casa queña que aunque décadas ya no mía, está dentro de mí como todo lo que no se ha realizado o se ha muerto.)

Yo no canto lo que canto.
Qué querido contrapunto....!
Sobre la mesa, en el cielo,
las barajas de las luces;
pero dentro, como en túnel,
tú, amargo y dulce misterio....
¡Oh esto de poner los ojos
con lágrimas, en lo oscuro....!

Placer de boca cerrada,
de párpados apretados.
Por qué he de hablar a que entiendan....?
Esto ha de ser para mí.
Aunque me miren los ojos,
tu luz no han de percibir,
luz de ceniza o de lágrimas.
Nadie abrirá mi candado.

Oh que piensen lo que quieran....
Alfilerazo escondido;
llaga que arde, que quema,

casa sin puertas ni vidrios;
atmósfera de tinieblas
que cerca a casa de fierro,
casa más negra en lo negro:
adentro, qué ardientes selvas..!

Conversemos...Conversemos..
Cual piedrecitas de río
pongamos lunas y pétalos.
Adentro, estuche tan lindo,
en tu ropaje de sombra
qué terciopelos de cosas...,
qué almohadones de suspiros...!
Oh qué fresas de sonrisas
tapando melancolías...

No importa de lo que hablemos...
Son palmatorias visibles.
Lo querido es mi misterio.
A la vista los jardines...
Y como ojos de los muertos,
mis músicas de violines.
Oh cosas que estoy tapando
con las lunas de éste manto...!

Cual minero con farol
en el subsuelo de mí,
cómo va mi corazón,
minúsculo colibrí,
cantando lo más querido,
lo más hondo, lo más mío
y nadie pasa mi puerta;
nadie me atisba en mi pena.

Ah amarguras y dulzuras
que sin nombrarse se cantan....
Cosas que ni se insinúan;
cosas tan hondas y castas..
Como ríos de platino,
yo bien sé lo que me digo....
Siendo tantas mis sonatas,
lo más mío es lo más íntimo.

Cual con puntas de alfileres
en cada punto de ti
he ido poniendo mieles..
(Mi hiel, ave en el violín..)
Más ahora, ya en lo último,
con los ojos en lo oscuro,
digámonos sin que sepan
aquello....la mayor pena.

Ya me entiendes... Ya me escuchas.
(Me entendiste siempre, siempre....?)
Oh al fin esta lengua muda
sin hablar se hace de nieve
y de lágrima y de beso...!
Oh lo más hondo y más cruento,
de un apretado misterio,
de un cariño hondo y leve...

Aquí estamos tú y yo.
Un candado nos defiende
del ojo más avizor.
Oh mi misterio de nieve,
con el candado de bronce,
con la atmósfera sin ecos.
somos mineros e idénticos.
Se entienden los corazones.



Niño mío, niño mío;
en la llovizna de lágrimas
que te envolvió como a un lirio,
no hubo esta casa cerrada,
sin voces ni otros oídos,
sólo para nuestras almas.
Nuestros ojos son cocuyos
y se alumbran en lo oscuro..

Ahora sobre nosotros
pueden pasar como tanques
los oídos y los ojos.
Bajo el castillo de naipes,
nuestro secreto querido,
lo nuestro, lo tuyo y mío,
es tesoro de los dos.
Hemos vencido al dolor

y a la vida y a la muerte.
¡Cómo se llenó de luz
la boca que sombra bebe...
Bajo la tierra es azul
este hilito de lágrimas
que como collar de pana
fué colocando en tu alma
un sino de horror y cera.

¡Cuánto, cuánto que he cantado,
y lo más hondo de mí,
subsuelo de mis harapos,
era el tesoro de anís;
era la mirra, era el sol,
era el coloquio en penumbra..
Candado en el corazón,
miel en la eterna amargura...

V

COLOFÓN

*(A la raíz del eucalipto, arteria de la casa,
cuello a que el niño adhirió sus manitos).*

Este libro pequeñito,
cuadrado como baldosa,
no sea de mármol frío.

Pequeñito como un patio,
cual cuerpito de gorrión,
no es estuche, ni es osario.

Desde este poquito suelo,
dos granitos de maíz,
tus piecitos tan bellos,

parados como en un surco
serán semillas de infancia
hasta en la muerte del mundo.

Baldosa de estatua viva;
jaula de un pájaro libre;
libro con sangre por tinta,

no serás un libro más
dormido en las bibliotecas;
serás gusano y fanal,

y cocuyó entre la niebla,
y cabecita de aroma
y retamos con violetas.

(Yayay, el niño mío,
con el maíz de sus pies
poblará los cielos limpios
de espigas altas de flores,
de candelabros de frutas...
Las lágrimas serán soles...)

Baldosita pequeña,
primer peldaño de luz,
eres lágrima furtiva.

Libro pequeño cual pan
tú cabrás en un bolsillo
y será pan mi Yayay.

Pequeñito e infinito,
libro de llanto y de azúcar:
no eres veste; eres mi niño.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria del libro	3
COLUMPIO DE PENA O EL NIÑO ETERNO	
Llamado.....	7
Tus cosas	10
Castigo	12
Petulante!.....	14
Pan	16
Hospital.....	17
Mañana de lluvia	19
Ángulo	23
Los perros.....	27
Tus más pequeñas cosas.....	29
La pluma	32
Conversando con las cosas.....	33
Despertar	36
La Pantilla	38
Parrón	39
Ovillito de luna.....	41
Ojos cerrados	44
Niño que no naciste	46
Mi compañerito de los domingos.....	48
Mi día.....	50
El martirio de la muerte	52
Transmutación	54

CASA POBRE
O
EL NIÑO TEMPORAL

Vida sin mi niño.....	59
Los paquetes.....	60
Niño casi sin ropa.....	67

CANDADO

La noria.....	73
Dedicatorias.....	76
Mañana.....	79
Candado.....	81
Colofón.....	85

FIN

En *Alucinaciones de Primavera* preocupaba ya a Coronel de muy principiana manera, la acotación, como a aquellos dramaturgos franceses que llegan a trazar verdaderos planos de lo que debe ser el escenario durante la representación de una obra teatral: el decorado; la música; el paisaje y el ambiente, aunque dando puesto preferido a la fabulación escénica. En la nueva obra que va a publicar este joven autor, la acotación recibe mayor esmero y cuidado, a tal extremo que pareciera olvidada o relegada a último término la obra realmente literaria y el alto pensamiento revestido con ella. *Sombra*, llama su autor a esta obra para la que quiere la concurrencia de todos los adelantos escénicos y además el acompañamiento musical. De completarse esta obra con la música, para el compositor sería una sonata interpretada por un literato; para el escritor sería, sin duda alguna, la interpretación armónica y sonora de un poema lírico y simbólico. Amar el recuerdo es amar lo imposible, es querer entrar en el mundo del misterio en el que reina la sombra y la niebla. Acaso así podría sintetizarse el simbolismo de esta fantasía.

Y no es solamente la literatura y la música, sino que quiere también, sensual y visual, que los perfumes suavemente embriagadores y enervantes maticen la frase, y que las luces de colores y la pantalla cinematográfica, estilicen el gesto. Todavía más, el autor quiere para su obra, otra cooperación: el actor; esos actores del silencio, del arte del *écran*, esas actrices de cuerpos gráciles y perfectos y de gesto elegantemente expresivos. Todavía más: la voz de cascada de oro; y el baile ágil y rítmico, y la nota coloreada y exótica, y el traje suntuoso y rico.

¿Hasta donde podría llegar a realizarse en la escena esta obra? La acotación del autor, quedaría opacada por el particular temperamento del actor? Los discretos toques literarios, quedarían borrados ante la opulencia escénica? Y, por último, ¿la música traduciría la obra o la música mataría la letra? A todo esto no podría contestarse sino después de la representación de la obra. Y, cabe otro interrogante: ¿llegará a representarse *Sombra*?

Isaac J. Barrera

Quito, marzo 7 de 1921

Para mí, en esta persistencia de Coronel, no hay sino la modalidad característica del artista de verdad. El arte duradero no es sino la fidelidad del artista hacia una forma feliz, intuida, hallada y realizada a través de toda una vida. Sin duda, para Coronel, está que yo llamo su "teatro de ensueño" es la forma de expresión más auténtica de su temperamento artístico. Es un pensador, un poeta, un novelista y cuentista original, además; pero, en sus obras de teatro fantástico hay más Coronel que en ninguna otra.

Si en verdad este género de teatro no es absolutamente nuevo, *la calidad del teatro de ensueño* de Coronel es excepcional. "Bazar de Fantasía"—la obra actual—es un exponente de su modalidad personalísima. A través de sus escenas deshilvanadas en que cobran vida los seres de la vida animal y vegetal, los objetos y las cosas más fantásticos, todo se mueve dentro de una pauta estética en que el sentido de lo fino, lo sutil y lo armonioso, acusa en su autor un imponderable conocimiento del alma de los seres humildes y las cosas inanimadas.

Surge así, ante la varita de dramaturgo de Coronel, un mundo nuevo al cual le concede una psicología singular que, ante todo, se rige por un principio de Belleza. En lo objetivo es un teatro decorativo lleno de luz, de ritmo, de color, de medida; pero sus muñecas adorables, sus animales fantásticos, sus flores extravagantes, se mueven por hilos invisibles que maneja coherentemente un ser oculto entre bambalinas y que es un poeta que ha mirado el mundo humilde con ojos amorosos e inteligentes.

El dramaturgo inglés de todos los siglos se inmortalizó porque dentro de la escafandra de su intuición artística de excepción descendió a las profundidades del alma humana y buceó en sus pasiones, descubriendo sus secretos más íntimos. Faltaba el poeta que desentrañara los misterios del alma de las cosas, "el anima rerum" que decían los latinos. Pues bien, Coronel con su teatro de ensueño, como en el "Bazar de Fantasía", ha abierto para la literatura dramática ese rico e inagotable venero.

Creo que este teatro, como el otro impropriadamente llamado "Para niños" porque se sirve de la escenificación de cuentos de las Mil y una Noches u otros semejantes, es—junto con la otra maravilla que constituyen los "monos animados" de las películas sonoras—la expresión más alta de la inquietud

XIII

contemporánea que resuelve sus neurosis y busca consuelo para sus dolores en estas formas simples del arte infantil, que encierra la máxima Belleza y la única Verdad.

José Molina Guzmán

He tenido el placer de recibir "Bazar de Fantasía" cuyas páginas me ha sido grato leer. Gracias.

Estimo y aprecio la generosidad de sus conceptos para mis libros. Por este mismo correo le remito un ejemplar de "Canaima", y espero que tan pronto como disponga de sus obras "La Tristeza del Patio. Poemas de Quito" y "Pueblo Chico" (novela ecuatoriana) me los remita, conforme a su ofrecimiento.

Rmulo Gallegos.

(Caracas, 19 de Marzo de 1936).

En la campiña normanda donde prolongo mi ya larga convalecencia, frente a estos cerezos que se adornan con rojos pendientes como las mujeres de nuestra tierra, he pensado afectuosamente en Ud., en su buena amistad y en su destino. Y mirando las aguas del Lezarde, que alimentan a las arenas y a los manzanos, he volteado las páginas de su libro "La Tristeza del Patio", tan lleno de prosaísmo deliberado y de rusticidad.

Su "Bazar de Fantasía" me pareció de lo mejor que Ud. ha escrito, por su simbolismo, o mejor por su alegoría cristalina y por su mágico poder para animar un mundo arbitrario, irreal, maravilloso. Teatro poético el suyo, puede clasificarse en el superrealismo, en la literatura de evasión, en la que lo abstracto, la creación pura es la armazón principal.

Jorge Carrera Andrade.

(Montivillers, 4 de Julio de 1935).

Rafael Coronel, el conocido escritor, poeta y profesor, ecuatoriano, por su nacimiento, y chileno por numerosas razones, ha escrito un libro de poemas

intitulado "ROPA VIEJA", en el que no se canta a lo bello, dulce y oloroso de la vida; sino, precisamente, a lo sucio, feo, triste y miserable: que la vida contemporánea proporciona al 95% de los habitantes del globo. En este libro, se canta a la miseria, a la miseria triste y despiadada de la clase media y de las clases pobres que habitan los cerros de Valparaíso; esos cerros en que no hay calles, veredas, ni luces; sino mugre, dolor, hambre y desesperanzas. Son himnos a los tacos ladeados de los zapatos que han soportado cuatro o cinco medias zuelas y que oprimen los pies hinchados de empleados, costureras, pequeños comerciantes, pequeños industriales y obreros que trajinan desde que sale hasta que se pone el sol en busca del ansiado pan diario. Son poemas a los tapa agujeros que tienen la misión de componer las ollas, los barrones y las bacinicas viejas del obrero; son versos destinados al perro arastimiento, a los gatos enflaquecidos, a las cabras que se alimentan de restos de papel, al pingo descomido y a las gallinas; chanchos, perros y pájaros que comparten las privaciones y la miseria de la gente triste y tuberculosa que habita las partes altas de la ciudad. Es, en una palabra, el canto al dolor, a la miseria, a la tristeza, a la angustia y a la desesperanza que roe el alma de los ofendidos y humillados que al atardecer encienden sus luciérnagas de cansancio en el faldeo luminoso de los cerros.

Julio Salcedo

"Podría llevarse a discusión este o aquel elemento de la obra, no su originalidad. Encontramos en "Ropa Vieja" de Rafael Coronei, la total elevación al plano lírico de una "materia", de una realidad desdeñada o eludida por los poetas revolucionarios de Hispanoamérica".

Juan Uribe Echeverría

De reciente publicación, el libro de poesía proletarizada, titulado dramáticamente civil, dramáticamente humano o emotivo: ROPA VIEJA, ha caído en la atmósfera artística y cultural de Valparaíso como algo pro-

pio del puerto, rotundamente real, en forma de una demostración palpante y aguda de la acción de las fuerzas intelectuales que actúan en nuestro ambiente. Su autor es Rafael Coronel, maestro de castellano y literatura española de toda una vasta generación de estudiantes en el Liceo de Hombres de Valparaíso; poeta, novelista, activo trabajador del periodismo; soñador de maravillas sin cuento en las tonantes islas del espíritu; Rafael Coronel, viajero familiar cerro arriba y cerro abajo y transeúnte activo y laborioso por calles largas hasta el infinito y contra el filo desesmerante de las casas comerciales de esta URB E arasalladora, surta en ultramarés del Pacífico; Rafael Coronel, pues, acaba de entregar a la publicidad su último libro, posponiendo a esta publicación la de toda su labor anterior que aún no ha sido publicada y no pudiendo a este respecto hacer referencia alguna sobre esa labor no entregada a las prensas, sólo nos congratulamos sinceramente del conocimiento a que su autor, por cuenta propia, nos induce y de la valiosa calidad humana y social que ROPA VIEJA, como obra de grandes y significativas perspectivas para el arte del porvenir representa, en la publicación de éste su último libro. ROPA VIEJA es, en el sentido más arriba indicado, un haz de vivientes poemas de una realidad asombrosa que desnuda ante los espíritus prejuiciosos aspectos de miseria y de dolor de nuestra ardiente realidad cotidiana no vistos ni cantados, dolorosamente fríos y reivindicativos como en el caso de ROPA VIEJA, cuyo origen radica en la descomposición social que en nuestro país ha dado lugar a este estado de cosas y que, mientras menos se quiere ver ese dolor y esa miseria de nuestro puerto, por intelectuales deshumanizados, que viven con los libros y no nutriéndose de la realidad integral, del ambiente, otros artistas, los realmente artistas, con raíces en su tiempo, deben señalar con valor, con verdad las lucras a que hay que dar solución. Rafael Coronel, por esta razón tan especial, ubica su libro allí mismo en donde no es del todo amable hacerlo, sobre todo cuando se mira primero la posición meramente intelectual del autor por encima de todo otro vínculo con la sociedad y con su tiempo. Pero es el hecho que Rafael Coronel arraiga en nuestro medio y en nuestro tiempo con una certera visión de escritor y de luchador por la causa del pueblo. El, como

educador conoce perfectamente bien el valor de la miseria y del desamparo social de las clases, no solo desvalidas sino de las verdaderamente pauperizadas y en absoluto miserables y, subhumanas y subsociales. Su libro *ROPA VIEJA*, por lo tanto no es bohitamente literario ni es admirablemente fino y académico desde el punto de vista del escritor y de la estética falsamente pura; es un enérgico libro de presentación de lo más miserable, de lo más hambriento, de lo más desnudo y de lo más decoroso de nuestras bajas capas sociales, en donde el trabajo y el vivir no es una clara y aceptable condición humana de miembros de una sociedad democráticamente constituida si no una angustia inacabable, un hambre continuo y un trabajo de esclavos sórdidamente explotados. El ambiente en que se desarrolla este vivir de espantosos designios corresponde, por su puesto, lógicamente al elemento que en él actúa. Y el poeta interroga; protesta; señala la llaga y clama por ser comprendido en toda la gama de sus líneas emocionales, patentizando en nuestros corazones y en nuestras luchas diarias en la apasionante circunferencia del encadenamiento colectivo, su voz, llena de un infinito vocerío humano, por medio de una prosodia discursiva en tono menor que va dejando, como síntesis poética, la intervención plásticamente objetiva de la emoción, del sujeto, del objeto y de sus determinantes. Demostrado queda, entonces, que la voz lírica del poeta Rafael Coronel es la voz humana, desbordante y fervorosa de un verdadero manantial humano de nobles aguas y de nobles fines, es decir, la voz de todo un poeta. Así podemos constatar que Rafael Coronel es uno de los pocos poetas verdaderos de nuestra tierra a quien el condimento literario, la sal estética de refinamiento deshumanizados literalmente, é caballo de la forma, y, toda aquella utilería científicista del Arte no le son menester para cantar sobre el arco del mundo su emoción, su dolor y sus humanas ansiedades. En su poesía no hay proverbios metafóricos; ni tropos ni maletillas escolásticas. Uno piensa forzosamente que el poeta de *ROPA VIEJA* es un hombre emocionado ante el dolor, el desamparo, el hambre y el techo al aire y todo lo que constituye la tragedia de esos seres a quienes el poeta no sólo comenta si no para quienes exige justicia; amor y toda clase de bienes sociales. Como para él, el poeta pide sentido de vida para los demás; sentido de necesidades absolutas

para todo el hombre;—Rafael Coronel ha escrito y publicado en **ROPA VIEJA** un libro de verdadero carácter humano y social. De su lectura salen verdades y emociones conjuntamente. Libro de lealtad con su tiempo y con las cosas más humildes; pero por lo mismo tan difíciles de ser afrontadas con entera responsabilidad por un escritor en su tiempo y con su medio, al que generalmente se siente azasmente vinculado por infinidad de resortes y engranajes que lo están determinando para que él mismo, pese a sus buenos anhelos de independencia, no pueda zafarse fácilmente. Esta es una razón de peso para sostener que el libro que comentamos es de los buenos por el carácter de su sinceridad de espíritu como por la condición literaria que muy claramente hemos dejado señalada. Como una obra de esta naturaleza puede no ser del gusto general de las gentes de lectura solamente ni de la del intelecto propiamente dicho, conviene recomendar que, si un libro de esta naturaleza ha podido ser escrito y publicado, costeando su propio autor la edición y vendiéndola en forma casi exclusiva dentro de un reducido sector de público, es menester que este libro de poesía proletarizada llegue a lo más denso de la vida nacional y se divulgue el hecho de un autor de orden estrictamente del pueblo, con atributos y condiciones esenciales.

Pedro Plonka

Valparaíso — 1939.

ROPA VIEJA. poesía proletaria, por Rafael Coronel.—Valparaíso.

Rafael Coronel reside en Valparaíso, y desempeña allí una cátedra en el Liceo de Hombres. Es, además, poeta con un alma generosa y cordial. Ha publicado un libro brevísimo, de no más de 50 páginas. Este libro parece el grito de la miseria en las calles, en los laberintos de los cerros, en la ferocidad de los malecones. Se llama **ROPA VIEJA**, y a medida que se leen sus páginas, se siente el vaivén de los cordeles que balancean en los rincones de los caminos sus ropas deshilachadas, puestas a secar. Pero también surgen

las piltrafas roídas, los zapatos abandonados en la vía, el alma deshecha de los hombres sin ventura y sin destino. Suena la vida en la multitud de sus voces ásperas y desiguales. Es la vida de los barrios oscuros y trágicos. «Ropa vieja» muestra los corros con sus chanchos sueltos, con sus perros a reinstantes, con las lavanderas que tosen y tosen, con los chiquillos que chillan y gritan y se pelean. Las casas desvencijadas, las casas sin vidrios, las calaminas oxidadas, el hambre, la borrachera, el odio, la explotación. Muestra «Ropa Vieja» los carboneros, los niños mendigos, el tren de tercera, los hospitales, los abusos, la soledad trágica de los sin fortuna; es decir, muestra la vida derrengada y maltrecha, la vida desesperada que aúlla a la luna, o al sol o las estrellas, o al mar impasible y sordo, y lejano...

Porque por algo Rafael Coronel, poeta de alma generosa y optimista, le ha puesto a este poema un subtítulo: «Poesía proletaria». La ropa vieja es la muñeca, y el odio, y la ferocidad, y el desprecio y la risa burlesca como la de un demente, y el ojo encendido de siniestras amenazas, y el niño que se muere, tosiendo con los pulmones deslechos, y el barco que pasa cargado de carbón, y el cerro que muestra sus remiendos y sus caries, como la ropa vieja que cubre las carnes enrojecidas o pálidas y sin sangre.

Domingo Melfi

(Crítica literaria.—“La Nación”.—25 de Junio de 1939).

“Mi querido poeta y amigo:

A través de sus libros que conozco, “La Tristeza del Patio”, “Bazar de Fantasía” y “Ropa Vieja” que acabo de leer detenidamente, veo en toda su obra al verdadero poeta que se adentra en los seres y las cosas por todos los caminos del espíritu y sabe captar, en cada caso, la esencia misma del ser y poner en su obra el sello inconfundible de la propia personalidad.

Ya sea interpretando las cosas humildes hogareñas como en la “Tristeza del patio,” cuyo mejor poema es, para mí, “La Cruz Verde”, por su hondo significado que está muy por encima de lo demás; ya sea vitalizando los seres

y las cosas inanimadas con la fantasía tropical del poeta, donde seres y cosas viven, sienten y sufren en medio de un ambiente de sutilezas y armonías como en el "Bazar de fantasía," ya sea, últimamente, cantando a las cosas y seres humildes y miserables de "Ropa vieja", con una honda comprensión de la miseria en las barriadas humildes, de callejas y vericuetos inverosímiles de almas, trastos y seres marcados por la pobreza, la miseria y el desencanto, en toda su obra encuentro al poeta, personalísimo, que es Ud. y lleno de bondad y de conmiseración y solidaridad humanas.

Aunque, literariamente, me satisfaga con mayor amplitud el poeta máximo del "Bazar de Fantasía" y de "Estampas iluminadas", esos poemas premiados por el Ateneo de Valparaíso; no puedo negarle que el alto sentido de comprensión humana que demuestra en "Ropa Vieja", ante la tragedia obscura de la miseria, de las barriadas rústicas y abandonadas, de los hogares hambrientos, de las gentes miserables de pobreza y desencanto, de los objetos misérrimos, los animaluchos esqueléticos y hambreados como sus amos famélicos, toda esa tragedia de los sin pan, sin fe y sin esperanza; me hace extenderle fraternalmente mi mano para felicitarle por ello. Veo que el poeta de las cosas humildes de "La tristeza del Patio", se renueva saliendo de las cosas hogareñas y de vecindad, hacia los caminos donde vibra el sufrimiento ajeno, con la miseria y la tristeza ajenas, en el suburbio de las ciudades y de las clases humildes y desamparadas.

Luis Hurtado López.

Propiedad del autor.

Inscripción N.º 7764

OBRAS FUNDAMENTALES DE RAFAEL CORONEL:

Publicadas:

- "En finados".-Teatro criollo ecuatoriano.
- "Sombra".-Teatro fantástico.
- "La tristeza del patio.- Poemas de Quito".-Poesía lírica.
- "Pueblo chico".-Novela.
- "Bazar de fantasía".-Teatro fantástico.
- "Ropa vieja".-Poesía épico-lírica.
- "Yayay".-Poesía lírica.

Próximamente:

- "En busca de brújula".-Novela.
- "Domingo pobre".-Poesía épico-lírica.
- "Curiosidades de un agente de propaganda".-Novela picaresca americana.

Libro perdido:

- "Octaedro".-Libro inédito del cual se han perdido sus dos ejemplares originales: uno de la "Revista de Occidente" (Madrid) y otro dentro de la colección de libros que iban a utilizarse en la "Antología Ecuatoriana del Siglo XX" que debía aparecer en "La Semana Internacional", colección desaparecida.

ERRATAS

Del Libro de Poesía.

En la página 11, en el verso 11, la palabra última debe ser árbol.

En la pág. 14, los tres versos últimos deben decir:
¡Cómo no ser arrogante, cómo no estar seguro de ti
si hacías todo eso y si hablabas mismo
con las altas copas de los eucaliptos;

En la pág. 35, el primer verso de la penúltima estrofa debe decir:
Raíz del eucalipto.

En la pág. 62, el verso 8º, debe decir:
hasta el crimen no tiene del lirio del martirio?

En la pág. 65, el verso 4º, de abajo hacia arriba debe terminar así:
cuando me acerco al portón de nuestra quinta.

En la pág. 68, el verso 2º de la 3ª. estrofa debe decir:
a través de los años y para siempre

En la pág. 76, el verso último debe decir:
en un mar brillante de espuma y de música.

En la pág. 77, el verso 6º, debe decir:
boyas que te cerquen, mi barco de humo, barco ceniciento.

En la pág. 80, el verso 3º, de la penúltima estrofa debe decir:
y cercano y fugitivo

De la sección "Espíritus de América dicen:"

En la pág. II, en la línea 9ª, donde dice "demasiavo" debe decir **demasia-**
do y en la línea II donde dice "contravio" debe decir **contrario**.

En la pág. XIII, en la línea 11, debe decir: Rómulo Gallegos.

La Caja del Seguro Obrero

hará de los niños del pueblo

una nueva y grande generación

de trabajadores